

Celina A. Lértora Mendoza

**DIÁLOGOS
IMAGINARIOS**

Buenos Aires

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA

DIÁLOGOS IMAGINARIOS

Lértora Mendoza, Celina A.

Diálogos imaginarios / Celina A. Lértora Mendoza. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Celina Ana Lértora , 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-01-0143-9

1. Acceso a la Cultura. I. Título.

CDD 306.0982

© 2025 Ediciones del autor

Marcelo T. de Alvear 1640, 1º F- Buenos Aires

E-mail: clertoramendoza@gmailo.com

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.923

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA

DIÁLOGOS IMAGINARIOS

2025

Buenos Aires

Presentación

Siempre me gustó escribir, desde que era chica y además de las “composiciones” (como se decía entonces) que encargaba la maestra, yo hacía otras por mi cuenta. De jovencita escribí cuentos al estilo de los 60, porque también leía los autores más reconocidos y me gustaban, eran cuentos que tenían un trasfondo de crítica cultural o social, reflexiones que era más fácil contar que describir o argumentar. Pero también escribí reflexiones y pequeños ensayos. Nada de eso se publicó entonces. Supongo que no me decidía a presentarlos en la “sociedad académica” a la que pertenecía *full time*, porque podían considerarse políticamente incorrectos.

Además, había otra razón de más peso: los hechos, las situaciones y el entorno eran demasiado inmediatos me preocupaba no tener el debido distanciamiento, que permite objetivar con serenidad para justipreciar. En la década de los 80 sucedieron muchas cosas nuevas: no solo la vuelta al ejercicio de las instituciones democráticas, sino que también aparecieron y se agitaron otras cuestiones que por diversas razones habían permanecido ocultas o sumergidas los quinquenios anteriores: la cuestión social, el derecho de huelga, la `politización generalizada de la vida socio-cultural, el divorcio, el aborto, las drogas. Cuestiones de las que no se hablaba empezaron a ser tema recurrente en reuniones de amigos (y de no tan amigos), encuentros académicos; hasta en la docencia, porque los alumnos lo reclamaban.

En esos años escribí varias reflexiones que hubiera querido someter a diálogo sistemático en alguno de estos foros de

encuentro. Pero no era fácil, o yo no acerté con la estrategia adecuada para proponerlo. Quedaron escritos como proyectos de diálogo. Releyéndolos ahora, 40 años después, veo que mantienen actualidad, porque esas cuestiones, aun cuando en parte se hayan superado a nivel cultural y hasta jurídico (como el divorcio o el aborto) siguen siendo motivo de disputa, al menos en cuanto a sus efectos. Y en otros casos, no sólo no se han solucionado, sino que se han agravado, como el tema de las drogas. Sin duda algunas de mis ideas eran todavía un tanto idealistas, o ingenuamente optimistas. Pero también todas tenían su punta de realismo, que las hace válidas para retomar hoy ese diálogo que hasta ahora sólo pudo ser imaginario.

Con este espíritu dialoguista las ofrezco, por lo que valgan. Porque seguramente los lectores suplirán con creces todo lo que queda insinuado pero no expreso, o sugerido como vías de exploración de temas que siguen dando para pensar.

Celina A. Lértora Mendoza
Julio de 2025

1. Sobre nuestros países

Hace un tiempo escuché a un profesor argentino que rendía su tesis en España. Hablaba de la función necesariamente activa del intelectual latinoamericano, a diferencia de sus colegas europeos. La indefinición de roles en una sociedad cultural, social, política y económicamente subdesarrollada hace que deban tomar las tareas para las que, si bien no están específicamente preparados, al menos tienen capacidad de realizarlas, vista la carencia de otros. Así ha sido, hasta ahora, a lo largo de la historia independiente de América.

Ese mismo día, un amigo español me comentó: “Cuando escuchaba la defensa del doctorando, hablando de la función necesariamente activa del intelectual latinoamericano, pensaba justo en ti”. Se refería a que quizá fuera un lujo poco productivo el tipo de estudios que hicimos o hacemos en Europa algunos intelectuales de nuestros países. En suma, que tenemos menos probabilidades de triunfar en la lid académica internacional que los provenientes de los otros países, y que en cambio podemos aportar algo más a los nuestros, superando las limitaciones de quienes por turno y casi monopolísticamente hicieron política por estos pagos: los gremialistas, los militares, los líderes populistas, los tecnócratas...

Sucedía que, curiosamente, yo opinaba lo mismo de los esfuerzos de mi amigo español por ascender a un plano

internacional en su especialidad, y equipararse a los alemanes, franceses, ingleses y belgas. ¿Los dos queríamos decirnos lo mismo, porque vemos la paja en el ojo ajeno solamente? ¿Nos pasa lo mismo a todos los habitantes de este mundo hispano, capitidiminuído? ¿O sólo nosotros (incluidos algunos españoles en quienes se hizo carne aquello de “Europa termina en los Pirineos”) nos sentimos así? Sin embargo, algunos colegas argentinos opinan que los europeos se interesan por nuestro pensamiento porque lo necesitan para abrirse a sí mismos nuevas vías. No estoy personalmente demasiado convencida. Casi me parece más bien una curiosidad “científica”, no exenta de cariño, como la que muchos intelectuales europeos sienten por los africanos o los monos. De hecho, en su estudio son selectivos, independientemente de nosotros mismos, lo que mostraría un sentimiento, si no de superioridad, al menos de prescindencia. Toman y aprenden o incorporan lo que viene bien a su esquema cultural, vital y personal, ya establecido. Mientras que nosotros copiamos justamente los esquemas, las “reglas de juego”. Por eso somos dependientes, y a veces condenados al nomadismo intelectual y geográfico, a la eterna búsqueda de raíces diseminadas, tal vez ilusorias.

Una vez, después de la Guerra de Malvinas, me vino a la memoria la frase que se pone en boca de Eva Perón en la ópera rock homónima, cuando se siente despreciada por los ingleses en su viaje honorífico: “Si Inglaterra ignora a la Argentina, Argentina ignorará a Inglaterra”. Por supuesto los autores, marxistas críticos, matan dos pájaros de un tiro con esta ironía. Pero ¿será esta frase algo más que una burla de la

izquierda? Me pregunto si, a nivel individual o colectivo, somos capaces de ignorar de veras, por propia decisión, a aquellos a quienes queremos parecernos sin conseguirlo. En otros términos ¿hay algún modo no neurótico de encontrar nuestra personalidad? Hemos tratado siempre de mirar hacia afuera, de “hacer carrera internacional”, incluso como un modo más seguro de hacer “carrera interna”. Eso explicaría que casi todos los que hay hecho tal carrera, si volvieron, no se dedican a lo suyo sino a otra cosa, generalmente más política.

Ahora bien, y volviendo a la reflexión del doctorando ¿eso se debe a que, de nuevo, en estos países, el intelectual “de carrera” europea no puede seguir en lo mismo porque no hay plafond cultural, o es que en el fondo de sus aspiraciones tal carrera era el escalón para ser Subsecretario o Ministro, por ejemplo? Entre nosotros la política sigue siendo un espejismo, aunque digamos que está desprestigiada. Tal vez porque sigue siendo una instancia privilegiada de poder, para aquellos que no pueden acceder a las otras más cerradas: el poder militar, el eclesiástico y sobre todo el económico.

Y volviendo a nosotros, los intelectuales ¿tiene sentido que sigamos compitiendo en un campo en el que, en la mayoría de los casos, no tenemos sino desventajas? Hablo de los casos en que el adiestramiento no es necesario, no del campo técnico-científico sino del ideológico, creativo, humanístico, etc. No sé, no es fácil saberlo, si este esfuerzo casi inútil por “estar a la altura de...” vale la pena. ¿No sería mejor invertir los términos: hacer lo que nos parezca y que

los demás se pongan a nuestra altura (cualquiera que ella sea)? Creo que en el fondo es un problema de autenticidad. Tal vez los intelectuales, como muchos otros habitantes de nuestros países, no hayan comprendido todavía que la autenticidad es indispensable, que no se puede vivir permanentemente con máscaras. Quiero decir, vivir con nuestras máscaras creyendo que son nuestro rostro. Porque todos usamos máscaras, más o menos estereotipadas, y nos las sacamos cuando no son necesarias: por ejemplo, un profesor universitario no tiene la misma postura ni el mismo lenguaje frente a sus alumnos en una mesa de examen y en la cancha de fútbol. Lo malo es no poderse sacar nunca la máscara, o no ser consciente de que eso no es nuestra piel. Reencontrar nuestra piel, aunque sea cobriza... he ahí un programa. No parece que los intelectuales americanos lo hayan cumplido todavía. Pero no seamos pesimistas, suenan nuevas voces promisorias, críticas, alejadas tanto de la genuflexión foránea como de la apologética localista. Esperemos.

2. Sobre las drogas

El Dr. Brown, en *Cerebro y comportamiento*, tratando acerca de los efectos de las drogas en la alteración de la conducta, hace –como de pasada– una observación que es digna de consideración. Dice aproximadamente lo siguiente: todo animal está sometido a una relación más o menos estable con su medio. Si el medio cambia notablemente, el heterótrofo tiene dos posibilidades: adaptarse o morir. El hombre es el único heterótrofo que posee una tercera posibilidad: si no puede cambiar el ambiente ni adaptarse biológicamente a él, por carecer de fuerzas, puede todavía alterar la percepción del ambiente, para que se le haga menos insoportable. Esta sería básicamente la función de la droga, que si bien es un mecanismo psicológicamente negativo (demuestra la debilidad de la psiquis) es biológicamente astuto. Este es un punto de vista que nada tiene que ver con la moralidad –por supuesto– pero ni siquiera con los pretendidos efectos nocivos, a nivel psíquico y somático, de la drogadicción. Apunta solamente a las causas profundas, a nivel específico y no individual, de una tendencia biológica de conservación que busca los medios que puede, y donde los halle, para conservar la vida, si no en nivel óptimo, al menos en el mejor estado posible, o en el menos malo.

Creo que este enfoque no ha sido tenido en cuenta en casi ninguno de los informes científicos (médicos, psicológicos, criminológicos, jurídicos, económicos y estadísticos) sobre la drogadicción. Es cierto que hay aspectos más acuciantes,

resultados que nos parecen inaceptables más allá de toda discusión (el peligro de muerte por sobredosis no controlada, la criminalidad subsecuente, los síndromes de carencia que llevan a la psicosis, el comercio rufianesco de la droga, etc.) Todos estos aspectos ponen en sombra la cuestión que quizá sea fundamental, pero que en el contexto *hic et nunc* del problema no puede ser analizada *in vitro* sino en relación con todos estos temas que preocupan a nivel de opinión pública.

La primera cuestión que se me ocurre es por qué este punto de vista no ha sido considerado, al menos como posibilidad, por quienes analizan este fenómeno de la drogadicción. En realidad, parece que se considera a la droga como nociva sin más, e incluso inmoral o al menos se supone que un drogadicto es un ser moralmente enfermo, radicalmente deshonesto. Las “personas bien” no se drogan, tampoco fornican, ni se emborrachan, ni roban. Todos sabemos que en realidad hay un comportamiento “enmascarado” y otro visible y que el ocultamiento produce muchas tensiones psíquicas y neurosis. Muchas “personas bien” adulteran, se emborrachan y roban en secreto, pero mientras su comportamiento sea controlable, por ellos mismos o por sus próximos, la cuestión no adquiere trascendencia. Desde luego, con la droga ocurre lo mismo.

Pero algunos “vicios” producen acostumbramientos que hacen cada vez más difícil su ocultamiento. En otros términos, sus “víctimas” son incapaces de adquirir la “dorada medianía”, una *aurea mediocritas* del deseo que les permita sobrevivir en paz con su conciencia. En cambio, otros

“vicios”, más ligados a funciones cíclicas (la digestión en el caso de la glotonería, la activación sexual en el caso del erotismo) pueden mantenerse en ciertos límites porque sus estímulos no requieren aumento y cada tanto alcanzan saturación. Es decir, el glotón no puede ni quiere estar siempre comiendo, ni el fornicador estar siempre en coito, pero pareciera que el borracho desea estar siempre borracho, y el drogadicto aspira a estar permanentemente drogado. Así, borrachera y drogadicción se asemejan en que se ordenan a ser estados permanentes del sujeto. Ahora bien, para lograr esto se necesita una repetición constante del estímulo o droga. Esta adicción, esta dependencia, es lo que se considera éticamente inaceptable y biológicamente nocivo para la salud, desde el punto de vista médico. No obstante, hay otras costumbres, que los médicos consideran inocuas, aunque quizá no lo sean, y que también producen acostumbraamientos que el individuo siente como necesarios (el cigarrillo, el café, la aspirina, la Coca Cola).

Creo que entre ambas clases hay dos diferencias, al menos, que justifican el distinto tratamiento médico, psicológico y ético que se les da. Una es que estas costumbres, con todo lo fuertes y arraigadas que puedan ser, no hacen perder el control al sujeto en caso de carencia, ni lo privan de conciencia y lucidez cuando las satisface. Por otra parte, parecen más benignas desde el punto de vista de la salud, pues hasta la más nociva, el tabaco, sólo produce efectos malignos a la larga y en grandes cantidades, e incluso este efecto todavía no está plenamente comprobado en

cuanto a la real dimensión del daño físico que podría ocasionar.

Dejando de lado este segundo punto, es decir, el de los peligros físicos, pasemos al que me parece un punto crucial para determinar el sentido de las luchas antidrogas. Todas ellas parten del supuesto no demostrado de que la pérdida de conciencia, el vivir en un mundo irreal, es algo negativo, nocivo o al menos que no debe permitirse, por el bien del individuo mismo. En definitiva, esta actitud no parece sino la consecuencia extrema de los consejos que dan las personas “realistas” a aquellas que quieren hacer algo o vivir de modo que parece irreal o fantasioso, que “no tienen los pies en la tierra”. Ahora bien, tal actitud crítica parece coherente y lógica cuando el fantasioso desea obtener un efecto **real** en el mundo con medios irreales y fantasiosos, sin tener en cuenta sus posibilidades y limitaciones. Llamarlo a la realidad es un modo “piadoso” y protector de evitarle sufrimientos y fracasos posteriores.

Pero esta actitud es también discutible. ¿Quién puede saber si el utópico no alcanzará su utopía? y además ¿por qué no dejar que escarmiente solo, que será como escarmentar dos veces? Hay quienes sostienen esta posición y no creo que pueda tachárselos de egoístas o desentendidos. En definitiva, se trata de no meterse en la vida del prójimo más que cuando éste nos llama y nos abre la puerta. En ese caso sería válido desengañar al iluso, aunque es probable que si nos pregunta es porque ya no es tan iluso y al menos tiene sospechas...

Avancemos más. Supongamos que el individuo en cuestión **no** pretende alcanzar ningún resultado **real** con su escapismo, ni siquiera en el pequeño entorno de su vida diaria, sino que solamente busca mantenerse, hasta donde pueda, en un estado de aislamiento del mundo exterior. Es claro que para conseguir ese aislamiento debe obtener, generalmente a alto precio, una droga que constantemente se escape de sus manos, que puede llevarlo a la ruina económica y moral, haciéndolo robar y matar para alcanzarla. Pero estos son efectos secundarios, producto de la carestía y la escasez. En otros términos, sería una cuestión más bien de mercado, de tal modo que si –por hipótesis– se solucionara el problema de su obtención, parece que el individuo drogadicto no haría mal a nadie sino, a lo sumo, a sí mismo, en formas que todavía habría que determinar.

Éste ha sido, sin duda, el pensamiento de aquellos que honestamente creyeron que liberando a la droga de su carácter prohibido le quitaban casi el cien por cien de la dificultad y carestía, y con ello solucionarían este problema, y por otro desalentaría a todos aquellos que llegan a la droga guiados exclusivamente por el afán de probar lo prohibido. Algo así como sucedió de hecho con la prostitución, la pornografía y otras cosas semejantes: pasada (y soportada) la primera ola de interés, esas actividades dejaron de interesar masivamente y sólo subsistieron en la proporción escasa de las necesidades reales –y no publicitariamente aumentadas– de algunos individuos, ni siquiera de todos. Pero algo falló en los planes de estos políticos y funcionarios, pues la liberación de la droga no acarreó casi ninguna ventaja,

dejando subsistentes sus inconvenientes, aumentados cuantitativamente por el mayor número de drogadictos.

Aquí habría que hacer otra consideración aún. Es posible que el tiempo requerido para lograr el equilibrio, en este caso, sea mucho mayor que el previsto, que se midió –creo– comparativamente con los otros mencionados. Por otra parte, parece que no se tuvo en cuenta que la adicción genera compromisos humanos insospechados, relaciones atávicas de poder y dominación entre el drogadicto y el dispensador, y que sólo en parte tienen solución económica. Es un hecho que el sadismo con que se niega la droga incluso a quien la está pagando o puede pagarla en su precio real, muestra que los comerciantes de ella no son iguales a cualquier otro que se conformaría con hacer un modesto (o lucrativo) negocio. Creo también que sería apresurado concluir que los proveedores son monstruos éticos que aprovechan la debilidad humana. Ellos, como los que lucran con otras debilidades (la prostitución hetero y homosexual, la embriaguez, etc.) son también, en cierto modo, enfermos y hasta diría más enfermos que los otros.

Ahora quiero explicar el por qué de lo que acabo de decir. Es evidente que el drogadicto quiere escapar al mundo que no le satisface, hacerse su propio mundo y vivir en él en paz, sin molestarse por los demás. En cierto sentido, es todo lo contrario de una activista, que intenta cambiar al mundo para hacer felices a los demás (según su propia concepción de lo que debe ser, claro está). También se podría decir que es conformista, puesto que no toca las estructuras ni intenta

hacer ninguna revolución social. Parecería pues, menos peligroso que el otro espécimen. No obstante, en otro sentido, lo es más. Su presencia es un reto permanente al mundo y a los que viven en él sin estar del todo conformes, pero que, por variadas razones, no se atreven a dar el paso que el drogadicto, ha dado, tal vez inconsciente o inducidamente. O bien ven amenazada su tranquilidad de sabelotodos, de “estar a la vuelta de todo”, al presentárseles la posibilidad de un mundo que no conocen, al que no tienen acceso y en el que no pueden influir. En este sentido, un drogadicto es algo tan “inquietante” como un loco. Y tal vez por eso se insiste tanto en el carácter “enfermo” de su vida, como para reafirmar la “salud” de los que lo condenan.

Ahora bien, entre los que desprecian la droga, están los que la combaten y los que se aprovechan de ella. ¿Por qué dije que estos últimos son más enfermos que los otros? Porque indirectamente quieren penetrar en ese mundo prohibido que se forja el drogadicto, aunque más no sea que para impedirle la entrada al interesado, con la tiranía de su poder sobre la obtención del fármaco. Es algo morboso, distinto de la moralización de los luchadores antidroga, porque estos no quieren ejercer un poder personal sobre el drogado, sino, en todo caso, reconducirlo al dominio social y cultural general.

Consiento en que estos puntos de vista pueden parecer un tanto escandalosos, porque podría inferirse que, según esto, habría que dejar la cosa donde está, y entonces uno, indirectamente, resulta partidario de la droga, y entonces...

No digo que las cosas deban quedar como están ni que deban cambiarse. Sólo afirmo que, cualquiera sea la actitud a adoptar, a nivel individual o colectivo, es bueno tomar en consideración todos los puntos de vista posibles.

Y una última pregunta ¿qué se diría si se encontrara un medio no químico, no sometido a las leyes del mercado consumista, para lograr los efectos psíquicos que hoy sólo se logran con drogas? Esto no es delirante, Hay experiencias muy serias, a nivel científico, sobre energética biopísica, control de la mente, etc. Entonces es bueno ir distinguiendo desde ya cuáles son los aspectos profundos de la drogadicción, en el sentido de “hacerse el propio mundo **irreal**” (¿de veras tan irreal?) y los otros aspectos que resultan accidentes concomitantes y coyunturales, cuya solución es necesaria y está muy bien, pero que no hacen a este aspecto nuclear del problema. Es que este punto es todavía demasiado candente...

3. La actividad política del intelectual

Siempre se ha dicho que los intelectuales latinoamericanos, desde los comienzos mismos de la historia de nuestros países, han sido hombres de acción antes que de gabinete, y que la investigación pura no fue sino una planta exótica que nunca prendió del todo bien. Se han dado también muchas razones: la falta de cerebros dirigentes y preparados obligaba al “pluriempleo” de cabezas pensantes, nuestras condiciones socio-económicas no permitieron nunca una dedicación absoluta en buenas condiciones de vida, la tradicional inestabilidad institucional hizo fracasar reiteradamente todo intento científico de aliento, etc., etc.

En todo caso es cierto y comprobado que la profesionalización del trabajo intelectual fue algo difícil de lograr, y que en su momento se vio como un gran avance; por ejemplo, la instauración de la dedicación exclusiva en las universidades y la creación del cargo de investigador en diversas instituciones nacionales y provinciales, e incluso privadas. En ese momento, una de las metas del proceso fue la apolitización del intelectual dedicado a la investigación científica, técnica y humanística. El compromiso político fue, durante un tiempo, un signo de retraso, de regresión a épocas en que la necesidad había obligado a una pseudo-especialización científica, culpable quizá de nuestro retraso. Se partía del principio del *full time*, no se puede estar –bien– en dos cosas a la vez, necesariamente algo se resiente. Inconscientemente se copiaba el modelo europeo y

norteamericano, sobre todo europeo, y no es raro por eso que la mayoría de los que estudiaron fuera, en esos tiempos, trajeran junto con los nuevos contenidos aprendidos, un ideal de actividad científica y de investigación que intentaron poner en práctica.

Pero los tiempos cambiaron rápidamente, los mismos gobiernos, y no sólo los revolucionarios o los militares, obligaban a una definición basados en el oscuro sentimiento de que “quien no está conmigo está contra mí”. Profesores y científicos que habían alardeado de su prescindencia política en la vida académica y fuera de ella, fueron cesanteados sin explicaciones. No puede extrañar que el extremo de ello sea la frase de un militar en los años del Proceso, que después de anunciar que se exterminaría a los subversivos, sus partidarios, sus simpatizantes y sus familiares, amigos o conocidos, anunció que se seguiría con “los indiferentes”. Llegaron tiempos en que la prescindencia fue tan peligrosa, o más, que el compromiso.

Y esto no pasó sólo en la Argentina, sino que fue un caso dolorosamente repetido por toda América, por no decir otros países del Tercer Mundo. También sirvió para que los argentinos tomásemos conciencia de que nos separaban de todos ellos mucho menos trecho del que habíamos pensado. Quizá habíamos retrocedido –eso decían algunos, añorantes del pasado– o quizá nunca habíamos avanzado en la realidad, sino en el sueño. Sueño que terminó en pesadilla y con un duro despertar.

Por otra parte, las sucesivas generaciones que en oleadas salieron a formarse en centros modélicos, ya no volvían con iguales ideas que los científicos de los años 50 ó 60; en todas partes se siente la quiebra de una sociedad que parece no dar más de sí. Además, el contacto con otros tercermundistas (pues los argentinos ya no éramos el privilegiado grupo que podía pagarse la estadía afuera gracias a las vacas y al trigo propios) enseñó muchas cosas. Entre otras, que esa famosa prescindencia, tan alardeada, no era sino una trampa más del imperialismo cultural, político y económico al que estábamos sometidos, Era seguir siempre modelos que nos hacían eternamente dependientes, incapaces de buscar nuestras propias vías de acceso a la cultura, era la negación de toda una dimensión de nuestro ser, negación neurotizante que cada vez requería más antidepresivos culturales, medicación de la que carecíamos, en buena hora, pues al menos el dolor nos permitía tomar conciencia. Aprendimos también en carne propia que no éramos iguales a ellos, los modelos. Cuando la situación de avalancha se hizo insostenible, quedamos todos en la gran bolsa de los “sudamericanos” por ejemplo, y con todos se aplicó la misma política marginadora. Quedemos con nuestros hermanos por el desprecio de los primos. Qué le vamos a hacer. La vuelta fue dura, quizá algunos no volvieron, los trajeron sus jefes, sus familiares, sus propios fracasos. Vinieron a rumiar una venganza primero, una solución más madura después.

La etapa de la venganza fue un fracaso, no sirvió sino para sacrificar dos o tres generaciones de posibles investigadores que terminaron en cualquier cosa, o muertos.

Otros decidieron que había que pensar algo nuevo. Y fue volver a lo viejo. El razonamiento fue simple: todo lo que ha pasado, en gran parte se debe a la falta de compromiso, al “no te metás” tan criollo y tan nefasto, a que quienes debieron dar la voz de alerta no tenían desde dónde darla suficientemente defendidos y en coro, para que se escuchara. Una golondrina no hace verano y un intelectual solo, aun con todo un probable prestigio, no puede hacer sino clamar en el desierto. Para la mayoría, no es un ejemplo a seguir, no se sabría cómo, porque no hay instancias intermedias y más accesibles.

La conclusión: fue la necesidad de aprovechar la apertura política producida en Argentina a partir de 1982, luego del desastre de las Malvinas, para iniciar una participación en la vida de los renacidos partidos políticos, un poco claudicantes y faltos de teóricos en sus raleadas filas. Quizá las preferencias se hubieran repartido más equitativamente entre las numerosas posibilidades, pero la realidad política se fue perfilando cada vez más nítidamente. Al comienzo las apuestas iban a favor del justicialismo, repartiéndose el restante 50% estimado, entre el radicalismo, el manriquismo, la democracia cristiana (un intelectual-político dijo, en agosto de 1983, en Canadá, que era la tercera fuerza electoral... he ahí una muestra, si fue sincero, de incurable ceguera política) los numerosos partidos socialoides, marxistoides y uno que otro liberalote (sobre el de Alzogaray) y ello sin contar los partidos provinciales, regionales, locales, etc. A poco andar se vio que dos grandes contrincantes tomaban la delantera, y si se quería ser realista,

había que optar. Los justicialistas tenían alguna tradición mas reciente, como que fueron el último gobierno constitucional. Los radicales, desde 1966 estaban alejados del gobierno, tomaron cuanto cayó en sus puertas y se lanzaron a una campaña coyuntural de éxito asombroso, pero...

Muchos intelectuales, que se enrolaron en diversas filas, y sobre todo, en las del partido que llegó al gobierno, en realidad no tenían práctica política, ni tradición personal de adhesión política, y quizá ni siquiera auténtica vocación para ello. No pudieron elaborar una política cultural coherente con el resto de la doctrina, en realidad la dejaron huérfana y debiese (léase “los capos”) acudir a ciertas banderas tradicionales de la lucha política en materia cultural, desempolvándolas sin advertir, o sin poder remediar, su anacronismo. Así asistimos, asombrados y decepcionados, a los desfiles de jovencitos con pancartas a favor de la reforma universitaria, que ya había caído en descrédito hacía más de 40 años, y ni digamos otras cosas aún más absurdas. Curiosamente, los más decepcionados eran los mismos afiliados que no terminaban de comprender que ahora eran gobierno, y por ende responsables de lo que pasaba. Se los oye lamentarse de que “no se puede hacer nada”, como si alguien más, aparte de ellos, estuviera en mejor –o menos malas– condiciones para hacer algo. Algunos intelectuales parecieron haberse afiliado a un partido, jugándose una carta, para obtener alguno de los cargos que quedarían vacantes, con lo cual no consiguieron sino extender aún más la politización, haciendo imposible toda prescindencia, pues desde entonces, hasta un modesto cargo de Director de

Instituto (ni digamos de Departamento y Decano) fue un cargo discernido políticamente. Sus propias carreras quedaron más inseguras que antes, con el agravante de haber logrado aglutinar en su contra a todos los desplazados, previéndose represalias a corto plazo, que volverían a iniciar el ciclo, y así *sine fine*. Lástima. Por ellos y por todos.

Estos son, creo, algunos de los peligros de lanzarse a la práctica política por pálpito, por arrebato, sin medir claramente las consecuencias. Sin embargo, a la luz de la historia, la prescindencia tampoco parece una alternativa viable. El camino se presenta oscuro e incierto para los intelectuales.

Y también hay otra dimensión del problema que debe tenerse en cuenta. Es la cuestión del conflicto de lealtades. Hay una lealtad nacional, una partidaria, una profesional. Y a veces, muchas veces, entran en colisión. Pondré un ejemplo personal. Asistí en una oportunidad a un congreso mundial de filosofía. Se luchaba en este frente por el reconocimiento del castellano como lengua oficial, lo que implica, indirectamente, el reconocimiento profesional de los filósofos del área que, a la vez, tienen intereses culturales, sociales, políticos, en común. ¿Cómo ser el representante de un partido político, que si debe luchar por su ideología política debe, *a fortiori*, tener antes que nada presente a su país, y querer ser a la vez portavoz de las inquietudes regionales y profesionales, a costa, como fue el caso, de ponerse en contra de los propios nacionales que compartían criterios contrarios? La experiencia fue aleccionadora para

mí. Me mostró que sólo se puede alcanzar representatividad internacional, en serio, si se es de veras capaz de renunciar a la representatividad nacional, o al menos, de estar dispuestos a ello: la ciencia o los intereses profesionales deben primar, luego los regionalismos, y por último los localismos. No necesariamente la situación es tan dramática siempre, pero puede llegar a serlo, y hay que estar preparados.

Este es un problema difícil, algo sobre lo cual no es fácil dar recetas, porque también tiene que ver con una opción personal muy íntima, sobre la cual nadie tiene derecho a tirar la primera piedra. Simplemente este diálogo quiere indicar que está apenas comenzado, que hay mucho que pensar y que, como el tiempo se adelanta y nos atropellan acontecimientos imprevistos, hay que pensar deprisa. Y pensar en voz alta, siempre que sea posible, para ayudarnos mutuamente en una solución difícil.

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA

4. La crisis de identidad religiosa

Uno de los fenómenos más sorprendentes y dolorosos a los que se asiste hoy día, es la quiebra de la identidad religiosa del creyente comprometido en los cuadros oficiales de una iglesia, sobre todo en las confesiones cristianas (católicas, protestantes y ortodoxas). La quiebra de conciencias laicas era ya un hecho desde mucho tiempo atrás, y el paulatino abandono de las prácticas tradicionales a favor de otras más adecuadas al mundo moderno o simplemente su cese, eran conocidas y recibidas de diversas maneras por la jerarquía. También ha sido frecuente, y ni siquiera ocultable, el abandono de la “vocación”, es decir, del sacerdocio o de una congregación religiosa.

Acogidas primero con escándalo, estas renunciadas fueron integrando, como accidentes más o menos previsibles en términos estadísticos, la vida cotidiana de las iglesias, algo así como el índice de muertes que no podemos impedir del todo, porque no sabemos cuándo y de qué forma se producirán, pero que sí podemos prevenir y disminuir en sus efectos. De la escueta reprobación irredimible del que “colgaba” la sotana, se pasó a una actitud más comprensiva para con los “sacerdotes caídos” (o monjes, o lo que sea), que presumían aún de ostensible fariseísmo hasta en la frase. Por eso fue también abandonada, para reconocerse el derecho a dejar los hábitos a condición de cumplir una serie de requisitos que, más que ser importantes en sí mismos, tenían el sentido de continuar obligando la conciencia del que se

retiraba, y al mismo tiempo asegurarle –o mejor, asegurar a la institución, por si acaso– un puente de plata para el retorno. Esa ha sido la última situación detectable.

Más recientemente, en algunas sociedades donde la tradición religiosa ha hecho crisis, y donde parecían mantenerse como antorchas algunas instituciones oficiales, gracias a su notable adaptabilidad y a sus auténticos deseos de ponerse a la altura de los tiempos, la crisis parece ahora abarcar también a los miembros de dichas instituciones, pero no como un problema de vocación personal, como ha sido el caso hasta ahora y ni siquiera como un problema de oposición entre el modo de entender el apostolado o la misión que tengan esas personas y la propuesta de la jerarquía, sino lisa y llanamente como cuestionamiento de la pretensión misma de tales instituciones. Con un agravante personal y subjetivo muy importante. Las personas a las que me referiré son auténticamente religiosas y no han cambiado, ellas mismas, sus convicciones sobre su misión. Tampoco tienen otras alternativas ni quieren dejar una cosa por otra. Por eso se les presenta el tétrico panorama de haberse dedicado, estar dedicándose y no tener otro camino que seguir dedicándose, a cosas cuyo sentido se les está escapando, con la sospecha de que se escapa sin remedio, y con el temor subterráneo de que en realidad ese sentido no haya existido nunca.

Quiero poner algunos ejemplos de España, porque parecen paradigmáticos y porque creo que se están repitiendo y se repetirán en breve en otros grupos humanos.

En España la religión católica gozó siempre de la ayuda del Estado, y aun cuando no fue así, fue por breve tiempo, y sólo hubo rechazo por parte de una porción escasa y no representativa (o que así se creía). Esto también condujo a situaciones límites; el “martirio”, por ejemplo, durante la Guerra Civil y el resultado fue un fortalecimiento de la noción de misión y hasta la satisfacción de comprobar que la Iglesia todavía tenía mártires, lo que quería decir que estaba tan viva como en tiempos de Diocleciano.

Cuarenta años de franquismo cambiaron mucho las cosas. La religión oficializada hartó todas las conciencias, aun las de los mismos clérigos, cuando esta conciencia era un poco más avanzada que la del término medio de los que se dedicaban a esos piadosos menesteres. Se esperaba, quizá con fruición, algún “baño de sangre”, al cambiar la política; pero no sucedió así. Con lentitud exasperante y segura, los sucesivos gobiernos postfranquistas fueron desmantelando el endeble andamiaje ideológico del franquismo y liberalizando al máximo la sociedad, de tal manera que incluso vueltos ellos al poder, por elecciones políticas libres, y lo logrado estaba irreversiblemente incorporado al carácter español, que sigue preciándose de ser europeo antes que árabe, y que ha tenido buen cuidado de mostrar las analogías entre los árabes-teólogos-filósofos a ultranza, como Komeini, y las actitudes oscurantistas de la Contrarreforma, imitadas por los curas del franquismo.

La sociedad se tornó liberal, libertina si se quiere, pero no atacó de frente a la religión ni a los religiosos. Los ignoró.

No se rió de ellos de frente, les dedicó sonrisas de conmisericordia, como a especies inadaptadas y próximas a desaparecer. Ni siquiera habría que mover un dedo en ese sentido. Y estas piadosas almas se lo creyeron. Eso fue lo peor para ellas. Un ataque frontal, persecuciones, cesantías, desaires, habrían sido mejor tolerados que la ignominia de sentir que la historia las pasaba de costado sin rozarlos, y que ellos tampoco podían introducir un dedo en la corriente, no porque la corriente no se dejara, sino porque ellos no llegarían a ella con su brazo corto.

El resultado fue el esperado por los (¿o los no?) maquiavélicos pensadores del anticlericalismo. Los mismos espíritus religiosos se autocensuraron y se castraron. Renegaron de lo que hasta hacía unos años había sido su segundo decálogo, y quizá pronto terminarían abdicando también del primero. Cuestión de esperar. Por ejemplo, ninguna editorial católica de España publicaría, en la década del 80 –y esto me lo dijeron– un libro sobre “Santo Tomás”, aunque se lo nombrase como “Tomás de Aquino” y fuera una crítica a su pensamiento, porque sería mal visto y no lo leería nadie. Que fuera mal visto, depende de los ojos de quien lo lee, y si es de su interés quizá lo leería. La cosa estaba, más bien, en que nadie, entre los religiosos, haría nada por demostrar que el libro es interesante y motivar a su lectura. Ergo, no se publicaba nada, sino en algunas mínimas imprentas de los más reaccionarios, que sólo imprimían cosas retrógradas, con lo que aumentaban, indirectamente y por falta de término de comparación, el efecto castrador del desinterés.

Otro caso paradigmático es el de la Institución Teresiana. Uno estaría dispuesto a consentir en que nació “mal parida”, con defectos congénitos. Nacida de la buena idea del P. Poveda, aspirante al martirio, que todos sus seguidores, empezando por él mismo, se apresuraban a reivindicar, tenía la función de formar docentes e intelectuales que fueran una “quinta columna” católica en universidades y colegios donde las “monjas” de hábito y comunidad no tenían acceso, o si lo tenían, sus ideas y prédicas serían rechazadas por provenir precisamente de ellas, por buenas que fueran. En suma, se trataba de una especie de contraespionaje, con “monjas” disfrazadas de laicas, viviendo en departamentos y no en conventos, etc. La idea al parecer sedujo rápidamente a muchas mujeres, ansiosas de cosas nuevas y fantasiosas a su manera. Todos pasaron por alto –con un conocido “maquiavelismo cristiano”– lo que este *camouflage* podía tener de inmoral o de poco ético, ya que al fin, siempre se criticó a los criptocomunistas precisamente el ser “criptos” (y por eso no detectables) más que el ser comunitas, que eran, en esos tiempos, como una irresistible tendencia al suicidio.

La Institución prosperó luego rápidamente en tiempos franquistas, época de la cual muchas de ellas prefieren hoy olvidarse piadosamente (para consigo mismas, y con la Institución, se entiende). Luego vinieron otros tiempos. Desde la renovación política y sociocultural española, a nadie le importa si son o no “monjas”, porque –entre otras cosas– las instituciones religiosas sin hábito y sin vida conventual ya no son novedad. A la gente le importa lo que piensen y si lo que piensan o dicen no convence, no

convence aunque sostengan ser librepensadoras, lesbianas, punks, feministas o guerrilleras ETA.

Para bien o para mal (creo que para bien) la cosa se ha transformado en una cuestión de pensamiento y actitudes reales y no fingidas. En una sociedad así, una “cripto católica” tiene poco que hacer, como no sea exponerse al ridículo de ser descubierta en una especie de tontería infantiloides. Quizá por eso mismo las más antiguas se preocupaban por ocultar su identidad. Ello no impidió que se las criticase, como se hizo, que al acceder a puestos públicos repartieran cargos entre sus correligionarias, como lo haría una funcionaria afiliada al partido político ganador (y quizá en ese caso no sería criticada, por esas inconsecuencias que tiene la gente). En todo caso subsiste la duda de para qué sirve hoy esta Institución y qué sentido tiene si ya de vida comunitaria no les queda nada, su función docente, supuesto que la tengan, puede hacerse mejor privadamente, como cualquier católico convencido, y si encima tienen que ocultar una identidad que en realidad no le interesa a nadie. Por eso en los primeros tiempos postfranquistas fantasearon con probables persecuciones que en fondo hubieran deseado sufrir y no sufrieron. Esta actitud neurótica se transmitió rápidamente, por procesos paralelos y análogos, a otras religiosas.

Súmase a esto la crisis de sus guías y padres espirituales, los sacerdotes. Recuerdo algunas polémicas y opiniones significativas. Una de ellas fue sobre la virginidad de María, en plena teología postconciliar, que algunos profesores de

Sagrada Escritura consideraban inaceptable y hacían de eso una cuestión de escándalo para los viejos sostenedores del espécimen. Inútil era intentar convencerlos de que si María fue o no virgen, a nadie le interesa mayormente, y que incluso puede concederse, pues cosas más raras han pasado en el mundo; lo que importa, y el motivo de discusión, es la consecuencia que se saca de ello, es decir, si la virginidad es o no un estado de vida superior a la normalidad sexual. Y éste es el punto al que no se llega en la discusión, enredados en el supuesto, que no es tal, con lo cual no se hace sino aumentar las incertidumbres.

Lo mismo pasó con una disputa sobre la abstinencia de carne, o la vida de los religiosos de clausura, que algunos modernizantes interpretan como fariseísmo, y que nada significaría como polémica, con sólo admitir que esa vida es la mejor para quien la elija, sin que prejuizgue sobre los modos de vida que eligen los demás.

Y una última reflexión sobre la virginidad y castidad de los religiosos, religiosas y sacerdotes. Una vez pregunté a un sacerdote que pensaba de la castidad de las religiosas y me dijo: “si una mujer quiere ser virgen porque se le da la gana, no tengo nada que decir, sea monja o laica, porque cada uno es dueño de su cuerpo; pero si una monja es virgen porque resulta que se acuesta con Jesucristo todas las noches, entonces opino que algo no funciona bien”. Respuesta complementaria a la de otro importante profesor que dijo: “las monjas son las mujeres más insoportablemente vanidosas, pues para ellas ningún hombre es suficientemente

bueno, y por eso no pueden ‘casarse’ sino con Dios, lo que constituye el máximo grado del propio orgullo”, Así las cosas, no es de extrañar el estupor de aquellas que se pasaron la vida creídas de hacer algo válido y que luego resultó negado, discutido y mofado por los mismos que en su juventud se lo aconsejaron como el mejor camino. Resulta difícil, para unos (con cierto complejo de culpa por tales consejos) y para otras (por la sensación inconsciente de tiempo perdido) aceptar una fórmula intermedia y reconocer que hay una diferencia entre lo éticamente válido y lo psicológicamente sano. Ser virgen por superar los deseos sexuales naturales puede ser neurótico, pero puede ser también una actitud religiosa positiva, si tal sacrificio se hace por convicción interior. Ser virgen por carecer de deseos sexuales parece constituir una especie de mutante, neutral desde el punto de vista psicológico y ético. Quizá una reflexión más desapasionada sobre las motivaciones religiosas pueda restituir la identidad perdida, o ayudar a la adquisición de otra.

5. El europeísmo argentino

Siempre se ha dicho –se nos ha dicho– que Argentina es el país más “europeo” de América. Y de alguna manera nos hemos jactado de eso, aunque sin saber bien en qué consiste el tal “europeísmo” que nos parece –en general– algo modélico o gratificante.

Desde luego, hay varias interpretaciones posibles. En un sentido más obvio y externo, consiste en que casi todos somos de raza blanca, con poca mezcla indígena, negra o amarilla. Es cierto que no hay un “tipo” argentino, como puede haber un “tipo alemán”; pero eso no importa porque tampoco hay, estrictamente, un “tipo” físico español o italiano, los dos mayores componentes del nuestro. Hay españoles rubios y de ojos claros (catalanes, gallegos) y morenos o “achinados” (andaluces) y otros que parecen casi turcos (sobre todo en el sur, aunque tampoco todos ni la mayoría). Algo similar puede decirse de los italianos. Bueno, con todas esas variantes, físicamente somos europeos. Vagamente europeos, indefinidos en el sentido de un tipo racial determinado, pero claramente distinguibles de los mestizos indios o negroides.

En un segundo sentido, se puede decir que tenemos una “cultura” europea. Esto es tan obvio e indiscutible como lo anterior, pero por otras razones. Es verdad que somos un país de inmigración, incluso hubo una época en que la mayoría de los habitantes eran extranjeros, todos europeos, con

predominancia italiana y española. Pero esto no basta, porque esos inmigrantes en general eran gente no muy cultivada, que podían aportar sus costumbres y tradiciones (de eso hablaré en seguida), es decir, el nivel más bajo y general de la cultura, pero no la ideología explícita que la fundamenta, la filosofía –diríamos– de la civilización occidental. Somos europeístas porque hemos querido serlo, por elección. Lo quisieron los patriarcas y forjadores de nuestra nacionalidad, los mismos que al pedir que vinieran europeos a labrar la tierra, quisieron que también vinieran a cultivar y enseñar su ciencia y con ella todo el sistema de valores morales, sociales, culturales y políticas con que hemos construido, bien o mal, el país en hemos vivido desde entonces.

Hoy, esta elección de los pioneros del pasado (por ejemplo Alberdi o Sarmiento) está en cuestión. Con total anacronismo, me parece. Porque que a nosotros, los argentinos del 1980 nos vaya mal, sólo muy indirectamente se debe a las supuestas malas elecciones de nuestros lejanos antepasados. Sé que existe una teoría contraria, con muy respetables antecedentes doctrinarios. Como en la psicología individual, hay quienes sostienen que parte de nuestras actuales neurosis, fracasos y problemas de integración se deben a que nuestro pasado intrauterino fue conflictivo, o a que nuestro nacimiento fue traumático y el pasaje del pañal al inodoro fue inexperto y chapucero. Bueno, quizá nos consuele, pero creo que eso, con ser cierto, no arregla nada. Personalmente prefiero pensar que no estoy tan absolutamente determinada por mi pasado y que si bien no

puedo cambiarlo, puedo al menos reinterpretarlo a la luz de mis aspiraciones presentes y superar las dimensiones negativas, enfermas o insatisfactorias que haya tenido. De lo contrario, casi no valdría la pena hablar de ninguna terapia, y quien fue mal introducido en el uso del papel higiénico no tiene sino que aguantarse su neurosis o suicidarse. Aunque esas alternativas no me gustan, parece que los psicólogos sociales, los sociólogos y los politicólogos carecen del consuelo terapéutico que al menos uno puede tener a nivel de la historia clínica individual.

No quiero hacer un intento terapéutico, sino señalar que si por una parte aceptamos que tenemos, de hecho, nos guste o no, una cultura europea, por elección de nuestros padres, y por otra decimos que esto nos ha marcado negativamente y sin remedio, sólo dejamos margen a la resignación, que es una forma colectiva de suicidio.

Un tercer sentido se puede decir que somos europeos porque somos descendientes de ellos, es decir, que llevamos esa misma sangre (o esos mismos genes), y de ahí se concluye, y se explica, ese permanente anhelo de vuelta, como un eterno peregrinar en busca de las raíces perdidas en algún lejano pero determinado lugar físico, histórico y cultural. Y ese lugar es “Europa”.

Yo creo que en este tercer sentido es que los argentinos somos más traumáticamente “europeístas”, y trataré de explicarme a mí misma cómo veo la cosa.

Cuando se dice que Argentina ha tenido una increíble capacidad de asimilación de lo extranjero, creo que esto es verdad en un sentido, pero no es toda la verdad. Es verdad que se ha logrado una asimilación de los descendientes de inmigrantes ya en primera generación. Hijos de italianos y alemanes, por ejemplo, hablan con el mismo acento, tienen las mismas costumbres, comen y beben las mismas cosas, aunque en sus respectivos hogares se hable en la lengua de sus padres y coman sus comidas típicas. Incluso cuando se han casado dentro de su misma colectividad, es raro que ese hogar sea una réplica del de sus padres. En ese sentido creo que el servicio militar obligatorio cumplió una función insustituible. Hijos de gentes muy diversas se vieron obligados a aprender a hablar, leer y escribir en un castellano bastante correcto, y de esa manera se aseguró un cumplimiento, tardío pero efectivo, de la ley de enseñanza común, la sarmientina 1420, que tantas inútiles y anacrónicas polémicas ha despertado.

Pero esta asimilación, útil y válida para forjar una nación con ciertos comportamientos unitarios y comunes, no pudo llenar el vacío de una tradición inexistente en los recientemente asimilados. Cortados de las raíces de sus padres, iguales a otros como ellos, hemos tenido un vago sentimiento común de buscar algo que se nos hubiera perdido, cuando en realidad no lo habíamos tenido nunca. En esta búsqueda del propio asado –curiosamente– coincidimos todos, y por eso es el rasgo más común, unificante y seguro que tenemos para identificarnos. Argentina, el “crisol de razas”, forjó una “raza” inexistente y por eso se lanza

reiteradamente a la quimera de inventar pasados. Uno de esos inventos fue el pasado europeo. Otro fue el pasado indígena. Uno más fantasioso que el otro, pero uno más lógico que el otro.

La verdad es que la fantasía del pasado i-ndígena es más fantasiosa, y reconocida como tal, y por eso su fracaso no ha inquietado demasiado a casi nadie. Recuerdo que por la época del gobierno de Cámpora o de Isabel Perón, un miembro del justicialismo hablaba por televisión sobre nuestra dependencia ancestral y decía: “Ahora nos explotan los yanquis y nos preocupamos, pero siempre hemos sido explotados. Antes de los yanquis nos explotaron los ingleses, y antes de los ingleses nos explotaron los españoles, y antes de los españoles nos explotaron los incas”. Y creo que, como dándose cuenta de lo insólito de la última afirmación, se sintió en el deber de ratificarla, para que nadie creyera haber oído mal. Y dijo: “Sí, porque los incas también nos explotaron”. Yo me pregunto quiénes “éramos” los explotados por los incas o, en otros términos, a quiénes debe considerarse genuinamente argentinos: ¿los Diaguitas? Quizá ellos fueran “explotados”, puesto que eran vasallos, no lo sé. Pero en todo caso, seguro que ni sus vecinos de entonces, los Quilmes, fueron explotados por los incas; ni digamos de los demás. Visto así, no queda sino una absoluta disolución de “lo argentino”, puesto que no hay ningún sustrato empírico bien determinado, al que pueda aplicarse el adjetivo gentilicio.

En cambio, la fantasía del europeísmo es más lógica y por tanto su fracaso genera auténticas frustraciones. Ahora quiero explicarme mejor en qué sentido digo que esta fantasía fracasa, y que fracasa necesariamente, no por casualidad y mala suerte. Ocurre que el argentino siente que como argentino no tiene pasado, porque ni siquiera el siglo y medio de historia de la nación organizada (digamos, desde 1853) le pertenecen del todo, ya que desde casi el inicio, el movimiento incorporador signó nuestro destino de receptáculo. Por lo tanto, quiere ir a buscarlo donde cree que debe estar: en Europa. El argentino ve a Europa como unidad, si no lingüística (eso no se puede ocultar) sí al menos la ve como unidad cultural y costumbrista.

Creo que el afán de todo argentino medio de ir, aunque sea una vez en la vida a Europa tiene, aunque no lo confiese, el sentido de una peregrinación a la Meca. Y esta Meca suele ser causa de su posterior conflicto de identidad, Porque quien va a Europa, va a buscar unas raíces genéricas, imaginadas, irreales que, por supuesto, no encuentra.

Lo que se encuentra en Europa no es “Europa” sino una serie de países muy distintos entre sí (aunque en buena parte de ella uno pase las fronteras sin mostrar pasaporte y use la misma moneda), y muy distintos de la Argentina. El primer choque es comprender que, pese a lo que se diga, no hay “Europa” sino España, Francia, Alemania, Italia, y que, por ejemplo, en Italia no se comen pizzas ni pastas como se suelen comer aquí, y que en España se habla castellano, pero distinto y que a veces ni ellos nos entienden, ni nosotros les

entendemos muchas cosas. Es cierto que el continuo accionar de los medios de comunicación nos han habituado al “castellano español”, y que la globalización nos ha permitido comer jamón español e italiano y diferenciarlos, lo que hace menos duro el choque, en caso de ir, puesto que hemos asimilado las diferencias, pero ellas existen, no se han borrado.

También es una experiencia que quienes van en grupo, como turistas, lo viven mejor porque el grupo les da contención y se advierte menos (y se sufre menos) la quiebra del modelo. La cuestión es más grave para quienes van explícitamente a buscar la perla perdida, y al llegar se encuentran quizá con muchas perlas, pero entre ellas la que se busca no es reconocible. Al poco tiempo se tiene la sospecha y luego la experiencia, vívida y vivida, de que no existe, que no hay tal perla. Yo diría que éste es el momento más traumático de los intelectuales argentinos que buscaron fuera el horizonte: se aleja más y más cuanto más uno se quiere acercar.

Algunos escritores han dejado páginas memorables sobre esta clase de frustración colectiva. Pienso, por ejemplo, en *Rayuela* de Cortázar, que me parece un excelente ejemplo de la situación de indefinición de quienes viven –mal- “a lo argentino” en París, porque no tiene madurez para vivir en su propia tierra, ni valor para asimilarse a otra. Todos conocemos esa clase de argentinos que hacen un mito del tango y el mate, cuando están afuera y que en Buenos Aires, La Plata, Rosario, Córdoba o Mendoza (de donde

eventualmente provienen), nunca ocuparon cinco minutos de su tiempo en escuchar una selección de tangos por la radio, ni invitaban a sus amigos a una mateada. Esta inautenticidad del “argentinitismo” en Europa (o en otros países de recalada en busca de raíces) quizá no sea voluntaria. De hecho, quien fue a buscar raíces que no encontró, se aferra al último terreno conocido que le queda, el único símbolo comunitario que al fin no puede fallarle: al menos es cierto que en Argentina se toma mate y se escucha a Gardel. Quizá sea un infantilismo, una regresión, o quizá sea el duro, retorcido e inseguro camino hacia aquellas raíces –tan esquivas– que poco a poco se van formando, con las generaciones de los que, para ser argentinos –aunque más no sea que argentinos de poncho norteno, tango porteño y mate correntino– deban pasar algún tiempo de su vida en una Europa surrealista, mirada desde los ojos del soñante, a partir de la cual se logre construir dolorosamente una realidad, un mundo donde, por fin, se pueda vivir y morir.

6. Los viejos

No puede ocultarse que, hoy por hoy, los ancianos, la tercera edad o las personas mayores (en orden creciente de eufemismo) son tema continuo de conversación, preocupación y trabajo. Como antes lo fueron los niños, o los subdesarrollados, o los disminuidos físicos o las mujeres. Hasta las Naciones Unidas le han dedicado un año. No está mal, en principio, que las instituciones se ocupen sistemáticamente de estudiar los problemas y proponer las medidas tendientes a mejorar las condiciones de vida de distintos sectores humanos. En todo esto hay algo de justicia, algo de piedad, algo de lavarse las manos, algo de autojustificación; en fin, lo mismo que en relación a cualquier actividad, las motivaciones son tan personales y variadas que analizarlas y pretender justificarlas o descalificarlas éticamente es tarea ardua y también inútil. Porque al fin lo importante es lo que se hace, y no tanto por qué o con qué ocultos u ostensivos fines se hace.

Creo que en el caso de los viejos hay diversas motivaciones extrañas, y sobre esto es interesante dialogar. Por otra parte, parece que el motor de muchas acciones es simple y sencillamente la lástima. El anciano presenta una imagen deteriorada, dependiente, frágil, carente de todo lo bueno y positivo de la vida adulta y al mismo tiempo sin las expectativas de la niñez. Esta forma de deshecho humano suele inspirar piedad, comparación con los propios progenitores o algunos seres queridos. Entonces las

actividades se vuelcan en vagas sensiblerías y a veces en acciones auténticamente caritativas, pero teniendo quizá poco que ver con las reales expectativas de los viejos, con sus gustos y deseos, con su propia vida, en fin. Hay otra forma de acercarse, más “científica” diríamos, y que consiste en conocer cuáles son sus necesidades biológicas y psíquicas y responder a ellas. Para esto, y también para quitarlos del medio, como muy bien observó Simone de Beauvoir, se crearon las residencias, muy asistidas clínica y psicológicamente, y que también constituyen (*last but not least*) una fuente considerable de ingreso económico.

El viejo nos inspira pena, deseo de ayuda caritativa, pero también es un negocio. Sobre todo, rápido y masivo: hay muchos viejos, y todos, por sí mismos o por quienes los tienen a su cargo, son potenciales consumidores de muchas cosas. Por eso conviene ampliar el mercado. Si antes, desvalidos, no consumían nada, cuando su atención clínica mejoró, se convirtieron en los mejores clientes de las farmacias, aun teniendo que hacerles descuentos importantes. Después vinieron las sesiones terapéuticas, y los psicólogos se apuntaron su parte en la torta. Las distracciones y los viajes dieron lo suyo a las agencias de turismo y ahora parece que otras actividades, las culturales (qué cosa, la cultura siempre llega tarde, ¿no?) están dando trabajo a profesores desocupados e infraempleados.

No estoy en desacuerdo con nada de esto. Vivimos en sociedades donde el capital y el consumo, nos guste o no, son condición de nuestra propia subsistencia. Todos tenemos que

gastar lo que producimos o hemos producido antes, para que otros puedan producir y darnos cosas que necesitamos y otras que no, pero que las deseamos (que viene a ser lo mismo).

Me pregunto qué pensarán los viejos de todo esto. Por una parte, es obvio que en principio estén halagados. Después de años de soledad, incluso cuando se pasa de los 60 parece que nadie lleva el apunte a nadie y todos están en lo suyo, y si lo propio de cada uno no es satisfactorio no hay arreglo. Que los cuiden y mimen puede ser muy gratificador. Pero esto, por lo que he podido observar, no es más que la primera impresión. Después comienza la reflexión, se quiere apreciar mejor qué pasa y entonces todo puede cambiar rápidamente de signo. Celebro que, hoy por hoy, muchos ancianos estén suficientemente despiertos y no se dejen convencer tan fácilmente.

Porque detrás de todo este armazón tan confortable, hay una forma sutil de imperialismo ideológico: la idea de que la juventud es la mejor etapa y que todo consiste en tratar de volver a ella, o de hacer las cosas que antes se hacían (si se han abandonado), o de continuar haciéndolas sin descanso hasta un momento antes de morir. En esta ayuda hay una filosofía implícita: la de que el modelo del que ayuda es mejor que el del ayudado. Y sin embargo los médicos y los psicólogos saben que el cuerpo y la psiquis humana cambian con el tiempo y que, desde el punto de vista biológico, sólo convencionalmente hablamos de declinación, puesto que la curva vital es como un círculo que se cierra, ya que inicio y fin son la no-vida. Por tanto cualquier período puede ser

cenit o fondo, si consideramos el proceso vital circularmente. Y si, en cambio, tenemos una imagen lineal de la vida, entonces el camino hacia la muerte comienza paradójicamente con su primer instante, porque, como gustaba decir Heidegger, somos un ser-para-la-muerte y desde esa perspectiva parecería que cuanto más nos acercamos a ella, más perfectos y acabados somos.

Creo que una dificultad real en el trato con los ancianos y en las medidas que quieren tomarse con ellos, es que no tenemos un modelo independiente para ofrecer. O bien ponemos el nuestro, o nos quedamos sin ninguno, porque ellos no parecen (o no **nos** parece) tener un modelo vital válido. ¿O sí lo tienen? Podría suceder que sí lo tengan pero que, a lo largo de nuestra civilización occidental hayamos perdido contacto con las valoraciones internas que permitían su explanación, y por eso ahora no aflora, ni siquiera aplicando prácticas terapéuticas más o menos sofisticadas. Por supuesto, menos parece aflorar con otras técnicas aún más ligadas a nuestros modos de vivir (entretenimientos, trabajo, etc.). Pienso que sólo en la introspección y un auténtico método fenomenológico podrá darnos la clave de lo que sería un intento de rescate del modelo vital propio correspondiente a esa etapa que llamamos vejez, para que ella no consista en un vano y frustrante intento de conservar siempre la juventud, o no se reduzca a un período (válido pero insuficiente) en el que nos dedicamos a hacer todo lo que quisimos hacer cuando éramos jóvenes y no hicimos. Con todo, esto último me parece que es lo mejor que se les

puede ofrecer hoy, a falta de metas propias correspondientes a la vejez.

Ahora podría preguntarse también por qué cuesta tanto este afloramiento de metas. Creo que, por una parte, es cierto que nuestra sociedad valora tanto lo joven y lo “vital” (identificado con lo primero) que resulta difícil concebir algo distinto. Pero creo que también hay otro aspecto muy importante a considerar.

Creo que el viejo resulta tremendamente molesto y movilizador porque es, en el presente, un espejo de nuestro futuro. Y de alguna manera ese futuro nos parece aterrador. Consiento en que nuestros modelos psicofísicos ideales son todo lo contrario de un viejo: canas, arrugas, celulitis, gordura, temblequeo, mala visión, etc., etc. De todo eso se huye como del diablo. Sin embargo, estos son los aspectos más exteriores, fácilmente remediabiles en muchos casos y además, según testimonios reiterados, es algo a lo cual uno se va resignando sin mayores contratiempos.

Me parece, entonces, que el asunto está en que esos signos del paso del tiempo son aterradores no por sí mismos, sino porque, como un reloj vital, marcan el paso de épocas que hemos perdido para hacer algo o que nos han signado por fracasos y frustraciones. El viejo resulta movilizador porque muestra que ya no hay tiempo para la corrección del plan vital, y porque a medida que perdemos fuerzas, tenemos menos posibilidades de emprender uno nuevo. El viejo cuestiona casi todas nuestras opciones, porque nos hace ver

que fueron precisamente opciones, alternativas, y que no podemos echarnos atrás, porque la gota de la clepsidra no vuelve a subir. Y es curioso que este efecto lo produzca tanto un viejo triste como uno feliz. Es la vejez misma, el acortamiento de los días que restan, lo que nos recuerda los que pasaron y son irrecuperables, Y esto sí que no tiene remedio médico, aunque probablemente lo tenga psicológico.

De allí que se hable de la importancia de la crisis de los 40, cuando sí todavía estamos a tiempo de cambiar de marcha, de buscar nuevos objetivos vitales, de mejorar nuestros yerros, de ser felices aún. Pero mejor mirado, también esto es ilusorio, porque con el mismo criterio debiéramos decir que antes de los 40 está la crisis de la adolescencia, que debe ser bien superada porque si no la etapa más productiva y esencial de la vida se pierde, etc.

Creo que no basta con señalar la importancia de estas crisis. En definitiva, no son sino balances; pero el balance no arroja otro resultado final que el promedio de los resultados de todos los días. En otros términos, que no hay que esperar la crisis, ni la de los 65, ni la de los 40, ni la de los 18, para hacer examen de conciencia sobre la propia vida. Sospecho que, si uno fuera capaz de preguntarse cada mañana, o cada atardecer (esa hora del crepúsculo que muchos prefieren evitar encendiendo la luz) si fue feliz, la visión de un viejo nos causaría menos espanto. Y más, creo que hasta nos causaría felicidad...

7. El liderazgo intelectual argentino

Los argentinos hemos tenido, quizá desde los nacientes días de la independencia, la manía de creernos líderes. Quizá alguna vez lo hemos sido, o al menos estuvimos a punto de serlo. Pero eso fue en tiempos de San Martín, épocas míticas y heroicas que no han vuelto a repetirse, porque el aliento que tienen los pueblos incipientes, rara vez lo mantienen los nietos de los fundadores. Lo mismo que con la candidez de los primeros años de la adolescencia, o del nacimiento de las religiones. La inocencia es flor muy delicada y pronto se agosta.

El caso es que cuando se acabaron nuestras glorias militares, el liderazgo que pretendimos fue intelectual. Por una parte, sobre nuestros “hermanos” americanos, medio hermanos casi, porque eran medio blancos y medio indios, mientras que nosotros éramos (y somos) europeos cien por cien. Naturalmente este liderazgo era más fácil y con él nos sentimos “realizados” rápidamente. Durante más de medio siglo fuimos el puente entre una Europa demasiado lejana para ellos. Pero nuestra tarea fue unidireccional: recibíamos los modelos europeos, los copiábamos, los adaptábamos a nosotros y los exportábamos. No fuimos capaces de reconocer en nuestros convecinos otros valores que los puramente anecdóticos y coloridos, sin mayor profanidad. Por la misma razón, tampoco vimos en nosotros mismos, en nuestra pare menos europea, ningún valor que valiera la pena desarrollar.

Ese fue nuestro gran error, el que todavía estamos pagando. Porque por una parte nuestros intentos incorporadotes siempre sufrieron lógicos retrasos, íbamos a revientacaballos tras la última novedad, pero ésta al principio surgía de pocas fuentes: Alemania, Francia, EEUU, después se incorporaron otros lugres, y ya no podíamos estar al tanto. Y hasta ocurrió que la novedad que queríamos “importar” resultaba producto de un compatriota u otro americano, a veces viviendo muy cerca de nuestras fronteras. Estas actitudes, que al principio escandalizaban, después nos iban dejando perplejos, y finalmente nos quedamos irremisiblemente atrás.

Por otra parte, tuvimos dificultades económicas insuperables. Fuimos poco hábiles. Recuerdo que un profesor de historia de la diplomacia contaba que los diplomáticos argentinos eran muy preparados, comparativamente con los yanquis, a principios del siglo XX, y que en las reuniones internacionales hacían buen papel a cosa de hacerles “pisar el palito” y hacer decir tonterías a los “comerciantes” del norte. Pero esa diplomacia de *boudoir* no tenía en cuenta que las épocas de Catalina la Grande y del Rey Sol ya habían pasado, y hasta la victoriana, que era mucho más práctica. Otros vientos soplaban y no vimos que los que manejaban el negocio, como el carnicero de la esquina, con sus manos sucias, terminaban teniendo la sartén por el mango, porque tenían el dinero. Y está claro que su éxito consistió en imponer “los verdes” como moneda mundial.

Nos fue económicamente mal, hicimos como Aquiles, que por reírse de la tortuga perdió la carrera. Siempre pensando en nuestras riquezas, dormimos con andrajos sobre un oro que no fuimos capaces de extraer. Entonces, también nuestro liderazgo intelectual perdió la infraestructura necesaria para progresar y se estancó.

Por otra parte, quedamos también dormidos en laureles por demás dudosos, porque en la vida del espíritu el que no avanza retrocede. Retrocedimos escandalosamente. En casi todos los dominios quedamos muy por debajo de nosotros mismos a principios del siglo. Nuestra última gran posibilidad, desarrollarnos durante el período de interregno casi mundial de la Segunda Guerra, lo perdimos porque confiamos en que el abastecimiento de los demás iría para largo. No fue así, la vida siguió su cauce, otra vez, lejos de nosotros.

Pero las grandes crisis hicieron surgir nuevas ideas. Los pueblos comenzaron a dejar de mirar a los “grandes” y a mirarse más a sí mismos, descubriendo sus propios valores, sus alternativas, sus ancestros. En la balanza se sintieron al menos tan favorecidos como aquellos, distintos, pero también válidos. El esnobismo *for tourist* fue dejando paso, en los pueblos occidentales, a una visión más madura, de sociedades que habían demostrado ser más sabias. La sabiduría occidental murió en Hiroshima, no éramos mejores por tener más poder, quizás al contrario. Un hálito de renovación se extendió por todas partes, pero los argentinos permanecemos insensibles. Durante dos décadas nos

empecinamos en ignorar que a nuestras espaldas nuestros “hermanos” estaban haciendo su propio camino, y que triunfaban. Cuando descubrimos cuánto habían avanzado, ya era tarde.

Nos pusimos entonces en la tarea –inútil– de buscar raíces semejantes a las que en México o Perú habían producido acontecimientos culturales de significación y proyección mundiales. Otra vez imitativos, camaleónicos, no supimos ver que, para bien o para mal, carecíamos de esas raíces autóctonas que antes habíamos despreciado, porque todavía no veíamos las flores.

Hasta no hace mucho, oía a algunos argentinos, supuestamente historiadores de nuestra cultura, decir que “ahora ya hemos dejado de copiar, ahora nos copian”. No termino de sorprenderme de tanta ingenuidad. Quizá copien (argentinos o no) a algún argentino, como se puede copiar a Borges, o seguir una línea de investigación como la de Houssay, o Leloir; pero que Argentina tenga, o haya tenido en las últimas décadas, un movimiento total y global copiable, me parece un exceso de optimismo. Hubo muchos valores, sí, la mayoría desgraciadamente abortados. Buenas ideas que no llegaron a desarrollarse, por ejemplo, en música, danza, teatro, filosofía. Ni digamos en el ámbito científico o técnico.

Y finalmente, las orientaciones políticas ultranacionalistas no hicieron sino perjudicar casi definitivamente una imagen ficticia que a toda costa quisimos mantener.

¿Y luego, qué? Creo que el pesimismo es mal consejero. No se trata, me parece, de llorar sobre las cenizas, sino de hacer que renazcan. Es cierto que perdimos lo que alguna vez tuvimos, pero quizá sea para bien. Porque aquella Argentina, no diré que era inauténtica, porque quizá fue lo más auténtico que hemos tenido, pero sí que era inmadura, era un pasaje, era como la adolescencia. Ahora hay que abrirse a la madurez. Y eso no se hace sino con sacrificios, con continuidad, asumiendo las limitaciones que tenemos desde siempre, porque los países, como las personas, vienen a la vida con ciertas posibilidades y con carencias indefectibles, y hay que contar con ellas. Compararnos, esa manía propia del adolescente que todavía no encontró su identidad, fue lo que nos llevó a la ilusión del liderazgo permanente, lo que nos hizo creer que nunca tendríamos rivales, lo que nos impidió crecer en nuestra propia línea.

Hoy, al menos, podemos decir que ya no creemos en fantasmas. Y eso ya es un avance. También podemos decir que sacamos mejor las cuentas, y que estamos en condiciones de justipreciar tanto lo que hemos recibido como lo que hemos hecho, y también cuánto hemos dejado de hacer y cuánto hemos perdido. Pero todavía esa constatación nos produce angustia. El día que podamos mirarnos como somos y aceptarnos así, queriéndonos igual, con nuestros defectos, pero tratando de corregirlos o paliarlos, habremos salido de la etapa de crisálida y volaremos por cuenta propia.

Haber perdido el liderazgo, algo así como haber perdido la guerra de las Malvinas, pese a tanto dolor y tanto rencor

acumulado en la sangre, quizá nos limpie de nuestras culpas pasadas y presentes, nos haga más respetuosos de todos los seres que viven bajo el sol, que sale para todos. Y si no fuera así, sería porque hemos errado el camino y no llegaremos a ninguna parte, quedaremos en la senda perdida del bosque. Una alternancia colectiva que refleja, en grande, las casi infinitas alternativas diarias de los millares de células que pululan en nuestras ciudades, y que, en su misma insignificancia, tienen el valor microcósmico de reproducir nuestras opciones colectivas, permitiendo observarlas de cerca, hasta morosa y amorosamente.

Porque en esto, como en todo lo que se arriesga, también es cuestión de saber amar. Y como decía una médica como mejor consejo a sus enfermos: hay que amarse (cuidarse) todos los días. Sólo así recuperaremos el liderazgo, o mejor, lograremos un liderazgo auténtico. Sabiendo que valemos lo mismo, aun cuando no lleguemos a tenerlo, porque el valor está dentro y no fuera, en lo que somos y no en o que poseemos o en la magnitud de nuestra influencia, Y donde hay valor auténtico, hay influencia válida, por pequeña que sea, Acomodarnos a la realidad es algo que a los argentinos nos ha costado siempre. Ojalá las próximas generaciones alcancen esta meta tan retaceada hasta ahora.

8. La solidaridad humana

Dicen los antropólogos que una característica de la especie humana es la alta solidaridad, la más alta que se registra en el reino animal. Precisamente es esta característica la que le ha permitido sobrevivir en un medio hostil, tratándose de un ser poco dotado por naturaleza, sin armas corporales adecuadas, nacido más débil que los otros animales y con limitadas capacidades físicas de adaptación. En realidad, se dice que otras especies son solidarias, mientras que algunas se caracterizan por lo contrario. No lo son, por ejemplo, los felinos, lo son los perros-lobos, los monos y en general todos los que forman manadas, rebaños o bandadas. Pero no basta el estar juntos, para que haya solidaridad es necesario realizar una actividad en común, en beneficio de todos, de modo que todos se beneficien de la suma de esfuerzos, produciendo un resultado que no hubiera obtenido cada miembro individualmente. Por eso no puede hablarse propiamente de la solidaridad de las palomas o de las vacas, y sí de la solidaridad de los perros-lobos, que se unen para cazar.

Y justamente se dice que los perros domésticos son los descendientes de primitivas manadas de perros-lobos que acompañarían en la caza a los homínidos, hombres primitivos, y que luego los habrían acompañado a sus campamentos, compartiendo los resultados de la faena común. Si es así, es verdad entonces que el perro es el mejor amigo del hombre... Y no parecería extraño, sino natural, ese

amor recóndito y ancestral que tiene todo perro por todo ser humano, como algo que le viene de sus orígenes, cuando hubo motivos. Quizá ahora también los haya, pero nuestros “hermanos menores” no son sino seres absolutamente sometidos, mientras que en aquellos lejanos tiempos eran auténticos compañeros.

La solidaridad humana se desarrolló a partir de formas que quizá compartimos con nuestros “primos” homínidos, los monos. Una forma de ayuda –primitiva demostración de afecto o caricia- el quitarse las pulgas y otros insectos los unos a otros, se transformó en una organización racional de los modos de prestar el esfuerzo propio a otro congénere para solucionarle alguna dificultad. El lenguaje, por primitivo que fuese, tuvo siempre entre los hombres la función informativa no sólo de indicar fuentes de comida o de peligros (cosa que también se da en otros animales) a un nivel genérico, sino en la relación tú-tú.

Creo que esta característica es tal vez la más importante y la que distingue esencialmente la solidaridad humana de la animal: la humana es individualizada, personalizada, y por tanto tiene por objeto necesidades concretas del destinatario, y no sólo las específicas y comunes. La solidaridad alcanzó sus formas más sofisticadas con la organización de comunidades, donde este préstamo dejó de ser el azar para sistematizarse y convertirse en obligatorio. Nuestros antepasados que salieron de la horda para establecerse en aldeas, comprendieron que no bastaba con haber domesticado algunos animales y dominado el fuego, era

necesario que entre ellos se conservaran, trasmitieran y mejoraran esos conocimientos esenciales a su supervivencia. Creo que la distribución de trabajos en la sociedad primitiva no fue sino una manera –muy adecuada por cierto– de organizar la solidaridad: cada uno tenía una función, según sus habilidades propias.

Claro que este paraíso idílico en cierto modo, tenía sus defectos y yo diría que desde el comienzo llevaba en sí gérmenes de destrucción. Y esto porque la razón, factor esencial del proceso, es en sí ambigua. A diferencia del instinto, que siempre obra en bien de la especie y del individuo, y por tanto nunca es destructivo, la razón puede ser maligna. Y muchas veces lo es.

Cuando los marxistas afirman categóricamente que el mal de nuestra sociedad comenzó con la división del trabajo, y con ella la explotación del trabajador, en cierto sentido tienen razón. En el sentido, entre otros, de que lo que en el principio fue motivado por la necesidad de mejorar la solidaridad, se transformó en una forma de burlarla.

Pero en todo caso la verdad es que esa solidaridad, ambigua y con el precio de la dominación de unos por otros, por etapas, continuó y permitió no sólo la supervivencia, sino la enorme expansión de la especie humana, la única que llegó a habitar todo el planeta, acondicionándose según las regiones, los climas y las posibilidades de obtener alimento y vivienda. También la solidaridad ha determinado la consagración de vidas humanas, de diferentes formas, para el

bien de los demás. Desde las víctimas propiciatorias –y ya lo dice la Biblia: “es necesario que muera uno por todo el pueblo”– hasta las investigaciones médicas actuales, los sacerdotes, médicos, curanderos, misioneros, hospederos de caridad y un largo etc., favorecidos por religiones, cultos o simplemente la moral laica social, la nómina es extensa y variada, con el común denominador de la necesidad absoluta, social y personal, de dedicarse a salvar a los más débiles.

El hombre no ha aplicado, para sí, el darwinismo. Sólo muy limitadamente, y siempre con reservas, se aplicó el principio de selección natural. Al contrario, sacerdotes y médicos (hechiceros, curanderos, etc.), en todas las sociedades, han tratado de salvar al enfermo, prolongar la vida al anciano, cuidar al huérfano. Por eso el hombre superpobló la tierra, pero a costa quizá de los especímenes que hubieran resultado de una selección natural libre. Sobrevivieron débiles, enfermos que transmitieron sus enfermedades, idiotas que a veces llegaron (por herencia o suerte) a cargos de gobierno y no pudieron sino hacer idioteces o barbaridades. Pero la sociedad, siempre aplicando el mismo principio, fue remediando uno a uno los males que se siguen de la falta de selección.

Y no sólo esta “piedad” se aplicó a los hombres, sino también a los animales y las plantas. Si bien más recientemente, en Occidente, el sentimiento de unidad del cosmos y de nuestro parentesco con los demás seres vivos determina hoy, como ya lo hizo desde milenios en Oriente, conductas protectoras que a veces van en desmedro del

hombre mismo. En la India los hombres morían de hambre, pero no mataban a las vacas. Y sin embargo, nuevamente la solidaridad ha limitado al máximo posible —dentro de sus precarias condiciones de vida— estas extinciones, y la humanidad no sólo no se ha extinguido en aquellos parajes, sino que aumenta considerablemente y en forma permanente.

La solidaridad humana parecería no tener límites. Sin embargo, hoy asistimos a un proceso que marca un gran interrogante sobre la posible reversión, aunque lentísima, de esta conducta ancestral. No me refiero aquí a comportamientos antihumanos o genocidas, que los hubo y los habrá, pues junto a la mayoría solidaria siempre es posible encontrar una minoría no solidaria. Me refiero a la falta de solidaridad tú-tú, entre los individuos que viven en una microcomunidad y comparten incluso los mismos problemas. En otros términos, que la natural competencia, forma humanizada de la lucha por la vida, ha llegado a crear una personalidad indiferente, más parecida al felino. Quizá por eso hay tantos individuos que prefieren los gatos a los perros: se identifican con ellos.

Los síntomas de este nuevo comportamiento no aparecieron, casi paradójal pero comprensivamente, en las sociedades subdesarrolladas, donde la lucha por la supervivencia toma carices trágicos. Al contrario, allí es quizá donde la sensibilidad social está más comprometida, aunque por diversas razones resulta ineficaz. En cambio, las grandes sociedades desarrolladas, que lograron medidas eficaces contra el hambre, la enfermedad y otras lacras, y que

desenvolvieron una sofisticada tecnología, llenando a la gente de artículos presuntamente de primera necesidad (convirtiendo un lavaplatos o un televisor en algo tan importante para el habitante de las ciudades como el pan y el queso para nuestros antepasados campesinos), dieron por resultado un tipo de humano muy especial, casi inhumano, a fuerza de insensibilidad social.

Es claro que esos beneficios para una gran masa poblacional tuvieron alto costo; los movimientos obreros y campesinos, los partidos políticos de masa, debieron enfrentar el natural egoísmo de las élites y acostumbraron al asalariado (hoy por hoy la mayoría) a una actitud poco comprometida, de excesivo *do ut des*, que seguramente es responsable de la próxima crisis de estas sociedades, que ya se atisba. Dejemos de lado el costo humano que significa la exportación de pobreza, la opulencia del primer mundo a costa de la miseria del segundo y del tercero (no sé bien hoy cuál es el segundo porque parece que a nivel internacional se cumple lo que Marx predijo (equivocadamente) para las sociedades nacionales: la brecha entre ricos y pobres es cada vez mayor y amenaza terminar en catástrofe, porque la soga puede apretarse hasta cierto punto.

Considerando los habitantes del mundo desarrollado, uno diría que han producido una especie de coraza psicológica parecida a la caparazón de los mariscos, que si bien impide que entre los enemigos, también los aísla y hace difícil acudir en su ayuda cuando lo necesitan. Hay, a nivel de problemas individuales, mas neuróticos y suicidas indirectos, y el nivel

de soledad y de abandono, el saber que no se cuenta con nadie más que uno mismo, sin duda es un detonante de las autoagresiones que no tienen otra finalidad que inspirar lástima y llamar la atención de los demás sobre nosotros. La búsqueda del éxito, el evadirse del mundo con drogas o bebida, la excesiva licencia sexual, innecesaria no sólo – obviamente- a los fines de reproducción de la especie, sino incluso para el placer del individuo, son todos sucedáneos de la notoria falta de solidaridad que transforma a la aparente armonía en un mundo leibniciano, donde ella está preestablecida por las reglas del juego social, pero donde las mónadas no comunican entre sí. Quizá el mismo Leibniz fuera más profeta que filósofo...

Uno aquí podría plantearse dos cosas. Primero, por qué el hombre no es feliz como mónada, siendo así que hay especies animales cuya supervivencia y expansión demuestran que el monadismo es posible. Creo que se debe responder que el hombre se ha alterado psicológicamente, pero no biológicamente. De hecho, no estamos preparados para subsistir en aislamiento, nuestra constitución psicofísica no lo resiste. Es posible que, con el tiempo, el hombre débil actual llegue al “superhombre”, pero si eso sucede, será seguramente a costa de un gran montón que quedará en el camino, y que, como ya se atisba, se convertirá en autómatas al servicio de los seres superiores, los que han podido prescindir de los demás. Y otra vez un filósofo, esta vez Aristóteles, profetizó sin saberlo: “el hombre necesita la sociedad, un hombre solo no es concebible, sería una bestia o un dios”. Falta saber si devendremos bestias o dioses.

La otra cuestión es qué importancia tiene esta falta de solidaridad del tú-tú, si al cabo el engranaje social asegura la supervivencia de la mayoría, aun sin solidaridad, como obligación remunerada y contractual. Creo que, por una parte, esta forma no es satisfactoria y va produciendo cada vez más inadaptados que al fin no serán absorbibles o controlables. Lo más inmediato y grave, me parece, es que la insensibilidad se convierte en apatía, y si nadie se preocupa por nada, cualquier loco que apriete el botón rojo lo hará ante la indiferencia de todos los que le rodean. En otros términos, que el “no te metás” criollo causa por omisión más tiranos y genocidas que los grupos extremistas por producción. Pero sobre estos últimos problemas hay tanto que decir que este diálogo se haría muy largo.

9. La delincuencia

Siempre existieron los marginados de la ley, en algún sentido son imprescindibles, porque son la válvula de escape, la canalización de los impulsos locos y negativos de una sociedad. Al castigarlo, el hombre honesto se castiga a sí mismo, castiga los impulsos malignos que también tiene, pero que controla y que pone fuera de sí, en el castigado.

Esto funciona bien mientras la delincuencia se mantiene dentro de ciertos parámetros, es decir, mientras es una ínfima y en definitiva débil minoría dentro del cuerpo social. Cuando un grupo “delincuente” (al margen de la ley) se hace muy poderoso y llega a tomar el gobierno, se convierte en legal y sus antiguos perseguidores pasan a ser perseguidos. Y en esto es inútil intentar la distinción (bastante reciente y siempre confusa) entre “delitos comunes” y “delitos políticos”. Un delito es “común” simplemente porque una cultura determinada considera ciertos comportamientos como inaceptables en general y para todos; antiguamente no había delitos “comunes”, eran todos “sacrilegios” (contra lo más elevado, Dios y su representante terreno, rey o sacerdote). Ellos eran los custodios de la moral social y los delitos generales eran los tabúes fundamentales que por eso se transformaron en “comunes”.

Las primitivas leyes penales sólo abarcaban los casos más importantes, eran poco diferenciadas y su violación coloca a todos más o menos en el mismo execrable nivel. Pero el

avance de la civilización sofisticó las leyes penales, y llegó hasta la sutileza se las “contravenciones”, los “delitos culposos” y los “abstractos”. En fin, la lista es larga. Me interesa señalar que con esa hipertrofia penal se produjo un efecto contraproducente, el de suavizar la condena moral y social del delincuente. Cuando sólo unos pocos reclusos o ejecutados son criminales, es fácil tener horror. Cuando alrededor de uno mismo se multiplican y los “delincuentes” resultan ser “tipos excelentes” en muchos sentidos, el horror se atenúa hasta casi desaparecer. De hecho, en nuestras sociedades actuales, la palabra “criminal” se reserva, periodísticamente, sólo a aquellos actos que repugnan las convicciones elementales de todos, generalmente por su alta e injustificada cuota de violencia y sangre.

Otro canal de “desmitificación” de la ley penal lo constituye la categoría del “delincuente crónico”, sobre todo cuando se universaliza. La evasión fiscal, impositiva, las violaciones a reglamentos de construcción, de tránsito, de edificación, de manufacturación varia, etc., son nuestros ejemplos cotidianos y aceptables. Nadie recuerda que son formas delictivas, algunas de las cuales tienen señaladas penas de prisión equiparables a los homicidios culposos. Y por supuesto están también los delitos obsoletos, como el duelo y el adulterio. Ni quiero pensar qué sería de la sociedad si por un imposible se pusiera presos a todos los adúlteros, para citar un ejemplo que seguramente nadie discutirá.

Es indiscutible pues, que el concepto de delincuencia y de delincuente cambia con el tiempo, merece mayores o menores condenas sociales y hasta puede desaparecer en algunos rubros.

Por eso no es tan cierto eso del “auge” de la delincuencia actual. Siempre hubo casos parecidos y siempre hubo formas que hoy consideramos inéditas, como las bandas, las patotas, las “barras bravas”, los negocios de drogas y otras semejantes, Si hoy nos parecen graves es por dos causas. Una, el conocimiento generalizado y otra, la sensación de inseguridad. Estos dos elementos merecen ser analizados más detenidamente, porque configuran parte del temor colectivo y éste, a su vez, determina movimientos políticos, de opinión y hasta ideológicos, que no siempre guardan medida y objetividad, sino que se ven distorsionados por elementos tangenciales al nudo del problema.

En primer lugar, me gustaría proponer una alternativa a la afirmación de que la difusión de conductas delictivas, aun seguidas de la narración prolija de la captura y condena, es siempre algo positivo, por el valor disuasivo y por el horror social que inspira el delincuente, lo cual constituye párale un castigo complementario. En primer lugar, dudo de esto último. Quizá valga en algunos casos, pero no en todos ni los más importantes. Y esto me trae a la memoria un artículo que leí hace un tiempo sobre los atentados a personas importantes (presidentes, papas, etc.). El articulista decía que dichos atentados eran imprevisibles e indisuadibles, por más que se arbitraran medidas eficaces de castigo. ¿Por qué? Porque se

ha demostrado que en la mayoría de los casos de este tipo de atentados, sus autores son personas desequilibradas, aunque no puedan ser considerados propiamente locos, a quienes no les importa la cárcel o al muerte, sino que, al contrario, parecen haber encontrado su identidad en ser “el asesino del Presidente” o “el que destrozó La Piedad”. Precisamente encuentran su gratificación (sucedáneo de un cariño o de una gratificación vital ausente en etapas cruciales de sus vidas) en la publicidad de que son objeto. De seres anónimos se convierten en célebres.

Es algo así como el caso de Chauvin, el de aquel soldado (creo que era así) que deseaba más que todo en la vida que Napoleón, su ídolo, le dirigiera la palabra. Cuando un día Napoleón visitó la tropa, en perfecta alineación, se salió de fila haciendo cualquier tontería y mereció un insulto del gran jefe, que lo colmó de orgullo: Napoleón, nada menos que Napoleón, se había dignado dirigirle la palabra. ¡Qué importaba que fuera para insultarlo! Así pues, el delincuente victimario de celebridades, y más aún, todo aquel que hace del delito algo espectacular, se comporta como el soldado del cuento, desea ser centro de las miradas, aunque sean miradas reprobatorias. Y hasta diría que, si pudiera expresar su pensamiento, sería más o menos así: “Ustedes hablan mal de mí, ¡pero hablan! En cambio, de los honestos trabajadores nadie dice nada, y su foto jamás saldrá en papel de diario ni su nombre en letras de molde. Y hasta mi víctima y mis carceleros debieran estarme agradecidos, porque también gracias a mí salen en la TV”.

Si eso es así, parece que la publicidad de los crímenes, lejos de disuadir, incita. Y no me parece tan irrazonable esta consecuencia, puesto que responde a una dinámica psicológica bien conocida y estudiada: la identificación con el modelo. Para una sociedad en la cual ser objeto de atención pública, no importa en qué sentido, es un valor, toda conducta que lleve a la celebridad, por triste que sea, es en principio atractiva. Si a eso sumamos que ya de por sí los individuos con impulsos criminales indiferenciados son personas cuya psiquis padece algún tipo de trastorno, tenemos una ecuación perfecta.

Y sin llegar a los casos delictivos, también sabemos que la alta proporción de jóvenes agraciadas que se ofrecen a aparecer desnudas o provocativas en cualquier pasquín, o en una mala sala y por sueldos miserables, se debe a la promoción que representan los modelos de las grandes revistas, o salas de espectáculos, o programas televisivos de audiencia masiva, y de las cuales se cuenta que ganan sumas fabulosas. Y ni digamos del caso del pobre oficinista que fuma la misma marca del afiche o del corto publicitario en el que aparece el galán rico y buen mozo en un lugar paradisíaco, al lado de la más bella dama: el hombre perfecto y feliz con el que se identifica en sueños.

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA

10. El divorcio y el aborto

Estos dos temas suelen tratarse juntos, aunque en sí son diferentes, responden a problemas diversos y sus soluciones también deberían serlo. Sin embargo, el unirlos no es arbitrario, por dos razones: en primer lugar, porque tienen que ver con la constitución del núcleo familiar y por tanto las diversas concepciones sobre la familia repercuten de manera semejante en la postura sobre ambos problemas; y en segundo lugar porque las ideologías y los partidos políticos, o las agrupaciones que reivindican determinadas “conquistas” (por ejemplo, el feminismo en un sentido, o el tradicionalismo en el opuesto) los unen también para “matar dos pájaros de un tiro”. Manteniendo la unión, que es un hecho, intentaré sin embargo desbrozar este intrincado panorama de opiniones, sobre lo cual es difícil lograr una postura “óptima”.

Comencemos pues, por el divorcio, que incluso parece moralmente menos conflictivo. Como las posiciones son absolutas (no hay posturas intermedias, ni “terceras”), los argumentos por el sí o por el no pueden resumirse fácilmente en los siguientes, que se han esgrimido y se esgrimen todavía, con mayor o menor fuerza:

Por el no:

- 1. Argumento de tipo religioso:** el matrimonio, aun el natural (no religioso) es indisoluble por derecho divino (“no separe el hombre lo que Dios ha unido”).

2. Argumento moral: la perfección del hombre se constituye en la pareja única, expresión absoluta del amor.
3. Argumento de equidad y responsabilidad paterna: sólo la indisolubilidad garantiza la recta educación de la prole; está probado que los hijos de padres separados tienen graves problemas de conducta y hasta son potenciales delincuentes.
4. Argumento de orden social: la inestabilidad del vínculo matrimonial causa una serie de trastornos sociales, como falta de seguridad, de responsabilidad, de compromiso, etc., y en definitiva conduce a la inmoralidad.

Los ataques a estos argumentos no se han hecho esperar. Además del argumento por el sí, básico y fundamental: el de la libertad de elección y de permanencia en el estado matrimonial, hay una serie de contra-argumentos que constituyen la parte más viva de la polémica, tal como se da hoy en día.

1. Al argumento de tipo religioso se contesta, obviamente, que sólo vale para los creyentes y no puede esgrimirse contra aquellos que no comparten la creencia. Como en las sociedades latinas hay todavía una buena proporción de creyentes (más bien a nivel afectivo), la polémica se reducía a: “eres católico, entonces no puedes ser divorcista”. Durante un tiempo funcionó bien, hasta que el célebre referéndum en Italia polarizó –innecesaria y erradamente- la cuestión: por el no, los católicos; por el sí, los comunistas. Resultado: un 75% de Italia votó por el sí, y colmó de alegría a los comunistas. Alegría ficticia, ellos mismos lo sabían, nunca hubo una votación política general en que ellos ganaran con

ese porcentaje, y ese mismo 75% siguió aclamando al Papa y teniendo otras actitudes de tipo religioso. Simplemente, eran personas que querían el divorcio, para sí o para otros, sin entrar en el juego de los extremistas ideológicos. Este hecho debe llamarnos a la reflexión, para evitar entrar en ese peligroso juego. No necesariamente quienes desean una medida concreta comparten todos los postulados ideológicos (ni siquiera la mayoría, o una parte significativa de ellos) de los partidos o agrupaciones políticas que defienden o propician tan medida. Ni todos los que desean el divorcio son comunistas, ni quizá todos los comunistas sean sinceramente divorcistas. Por la misma razón, considerar que el divorcio – en general– puede ser una medida conveniente para una sociedad dada, no implica aceptarlo como norma de conducta propia ni considerar que sea una solución ideal. Se supone que la aceptación del divorcio como mal menor es compatible con una moral católica, al menos tan “buena y pura” como la que acepta la pena de muerte, la guerra, los prostíbulos y los contratos entre multinacionales y países marginales al borde de la quiebra para la venta de su tierra o sus recursos no renovables; soluciones todas que de ninguna manera se postulan como ideales, sino como las únicas realmente factibles.

2. El argumento moral es el más difuso y fácilmente rebatible, puesto que depende de una filosofía determinada, más endeble aún, desde el punto de vista de su defensa, que los argumentos dogmáticos de la religión. No vale la pena detenerse en ello, puesto que en realidad no creo que haya ninguna polémica puramente filosófica sobre este punto.

3. El tercer argumento se contesta fácilmente *ad hominem*: hay hijos excelentes de padres divorciados, así como pésimos hijos de parejas amantísimas y unidísimas. Ergo, el argumento no prueba nada.

4. El cuarto argumento también se contesta *ad hominem*, señalando que esos males son imaginarios y que en cambio hay problemas reales de legalización de hijos, de patrimonios y de situaciones que se remediarían con tal legislación, para bien de todos, incluyendo los acreedores...

Con este cuadro sería fácil deducir que cualquiera sería divorcista, y resulta inexplicable la ardua polémica gestada en su torno. Esto nos lleva a la pista de que la verdadera discusión está entre líneas, y que no pasa por estos argumentos y contra-argumentos. Quizá los mismos que polemizan no son conscientes todavía del lugar en que está la cuestión básica.

Yo tampoco tengo muy claro dónde está, porque barrunto que está en varias partes a un tiempo. Cuando ciertos grupos de poder defienden la indisolubilidad matrimonial ¿en realidad, qué defienden? No creo sinceramente que defiendan de veras una indisolubilidad real, pues admiten por ejemplo la nulidad eclesiástica (mucho peor que el divorcio) la separación y hasta muchos honestísimos hombres públicos se permiten concubinas en privado. Luego, defienden otra cosa. Sería también ingenuo pensar que defienden la familia como “célula de producción”, o por su valor patrimonial, esto pudo ser quizá –y concediendo mucho– hasta el siglo

XIX, pero desde hace mucho ya nadie cree que la familia sea una unidad de producción ni de patrimonio, en ningún sentido, sobre todo en las sociedades occidentales, donde se da esta ardua polémica. Podría decirse, entonces, que defienden un principio. Esto sería válido, pero ¿es suficiente? Porque la indisolubilidad del matrimonio o la existencia de la propiedad privada (los dos grandes tabúes de las sociedades capitalistas modernas) no pueden ser, de ninguna manera, los postulados más importantes de los grupos defensores, generalmente religiosos o tradicionalistas. Si bien puede haber una relación entre familia y propiedad, la tesis marxista de que no es casual esta cerrada defensa y que ambas cuestiones se implican, me parece que también apunta a otro blanco.

En una oportunidad un sacerdote progresista explicaba de la siguiente manera la negativa papal a conceder el matrimonio a los ordenados: esto implicaría –decía– mayor libertad de conciencia y de vida, el hombre sería menos esclavo de la jerarquía porque tendría otros núcleos de pertenencia igual, o más importantes que la Iglesia, y por tanto su relación con ella sería más crítica; y eso, decía, la jerarquía conservadora del poder, no lo puede permitir. El argumento me parece lúcido. ¿Sería aplicable, en algún sentido, al divorcio? ¿El hombre que puede cambiar algo tan importante y decisivo –hasta ahora– como la pareja, será más libre que el que siente que ha hecho de una vez y para siempre algo irrevocable? ¿Significará que el deseo de cambio y liberad que implica la posibilidad del divorcio es transferible y que en ese sentido puede provocar cambios

sociales imprevisibles? Sería tentador aceptar esto, y creo que en cierto sentido es el temor subyacente en los negativistas.

Sin embargo, si nos atenemos a los hechos, este temor sería infundado. El hombre común usa el divorcio, si lo tiene, pero no para constituir nuevas formas familiares o societarias revolucionarias, ni cambia tampoco, por el hecho de divorciarse y casarse reiteradamente, ninguna de sus otras conductas laborales o sociales. El hombre que usa la ley se casa, se divorcia y vuelve a casarse, y entretanto sigue siendo tan burgués y obediente al orden constituido como siempre. Luego, parece que los no divorcistas yerran también este blanco.

Pero si bien yerran el blanco, han visto un peligro... Es cierto que la libertad sexual y de pareja trae transformaciones sociales, indeseables para ciertos grupos. Pero estas transformaciones **no** pasan por la legalización de la segunda, tercera y demás parejas mediante el divorcio y el nuevo matrimonio formal. Las personas que intentan inaugurar nuevas formas de convivencia no se interesan por los aspectos jurídicos de la cuestión. La mayoría ha vivido siempre al margen de la legalidad matrimonial y prescinde de toda formalidad. Si no se casaron la primera vez, tampoco lo harán las siguientes. Su concepto de libertad de pareja y de procreación les lleva no a cuestionar, sino simplemente a rechazar, toda forma establecida y toda legalidad. Este desprecio por la ley y las ordenanzas es casi una constante, por ejemplo, en la sociedad argentina. Creo que, si en

definitiva nunca importó demasiado si hay o no divorcio, se debe a que quien “ha pasado la barrera del sonido” de la legalidad, no se interesa por las leyes ni por legalizar sus situaciones vitales, convencido de que la solución de los problemas humanos no viene del ámbito jurídico. Quizá a toda esta gente, bastante por cierto, no le falte razón. ¿Podemos inferir que este desinterés por la ley se generalizará, o que se está generalizando ya? Creo que no sería una inferencia infundada, pero se debe esperar.

Si todo lo dicho hasta ahora es adecuado y plausible, entonces pareciera que la actitud más revolucionaria es la conservadora: siguiendo la dialéctica de que “cuanto peor, mejor”, los “revolucionarios” se ven favorecidos por las situaciones que les permiten definir en forma extrema sus posiciones y obligar a los dudosos a una opción. Visto así, el divorcio sería, curiosamente, una forma indirecta, sutil y hasta maquiavélica, de conservación del orden establecido, una manera insidiosa de aplicar aquel célebre apotegma: “es necesario que algo cambie, para que todo lo demás siga igual”.

*

Un problema un tanto diferente se presenta con el aborto, pues mientras que el divorcio vincular es una forma determinada y única, que se contesta por sí o por no, en el aborto hay muchísimos matices. No es lo mismo permitir el aborto de un feto malformado, o para salvar la vida de la madre, que permitirlo cuando es producto de una violación, o

permitirlo libremente con o sin consentimiento de los dos, o de uno de los padres, etc., etc. De hecho en algunos casos nuestra legislación lo permite. Por otra parte, también está el hecho (algo de lo que “no se habla”) de que el aborto ilegítimo es una considerable fuente de ingresos clandestinos, a la que no es fácil renunciar. En Italia se descubrió casualmente –por el espíritu detectivesco de algunos periodistas– que los médicos que más se oponían “por razones morales” al aborto en los hospitales públicos, en buena proporción lo practicaban privadamente (por sí o en sociedad con otros) cobrando sumas mucho más altas. Esto configura un panorama que debe estudiarse desde muchos ángulos. Aquí sólo quiero referirme, para mantener el sentido de la unión, al aspecto que tiene que ver con la familia.

Entonces, uno puede preguntarse ¿el aborto favorece o no a la familia? Aquí debe entenderse “aborto” por aborto libre, que es en definitiva la cuestión en que se oponen en sentido fuerte las ideologías contrarias. En este caso, la situación tampoco es totalmente paralela, porque mientras que en el caso de divorcio (o no), los dos integrantes de la pareja, en principio parecen igualmente perjudicados. Aunque se esgrima el hecho de que el divorcio favorece al hombre y no a la mujer, todos sabemos que es falso, que en realidad “beneficiará” a las “segundas” mujeres de muchos hombres, que sí sufren –más que ellos– el complejo de la ilegalidad. Pero en el caso del aborto hay una sola perjudicada real (dejando el hipotético “mal” del feto, si es que en realidad es un “hombre”, lo que es una discusión inacabable): la mujer que deberá cargar con un hijo no deseado.

Los argumentos por el sí y por el no, son semejantes a los del divorcio en cuanto a estas dos posturas extremas: la santidad de la vida indica el no, la libertad de la mujer indica el sí. Así polarizadas las cosas, muchas mujeres abortistas son vistas como criminales que propugnan la muerte indiscriminada de inocentes. Sin embargo, creo que si se hiciera un referéndum discriminado por sexos, las mujeres, sobre todo de más de 20 años y menos de 60 (es decir, la generación “comprometida”) votarían por el sí en mayor proporción que los hombres. Es que hay muchos más casos de los que manejan las cifras oficiales y muchísimas mujeres, casi me atrevería a decir un 90% de las no-vírgenes, han pasado por situaciones de uso de anticonceptivos (también rechazado por algunas posturas religiosas) o de aborto. Ocurre con esto, como con otros casos, que una cosa es el principio general y otra la situación personal. Desde los principios todos podemos ser antidivorcistas o antiabortistas, decía un médico que trataba estos casos, pero la situación cambia cuando se trata de cada uno, entonces no es “el divorcio” sino “mi divorcio”, soy yo el que quiere separarse, o el que no quiere tener un hijo.

La cuestión del aborto, a pesar de parecer más difícil, es quizá más fácil si se matiza. Donde se plantea la disyuntiva absoluta, equiparándose al divorcio, es en el aborto libre con el solo consentimiento de la mujer. Aquí creo que valen iguales o semejantes observaciones a las anteriores. Quienes quieren el aborto, saben exactamente qué quieren: no tener hijos indeseados, más allá de cualquier consideración moral que esto merezca. Los que no quieren ¿qué defienden? Quizá

defienden un orden en que la mujer está sometida, y una forma sutil y despiadada de sometimiento es la ineluctable maternidad. Me pregunto si, en ese caso, la mujer liberada de ese problema será más o menos “antimachista” en otros sectores o dimensiones. Creo que, al contrario de lo que se opina, lo será menos, porque quien ha solucionado un problema grave (sobre todo económico, pues no creo que lo sea moral, al menos no por mucho tiempo) estará más dispuesta a no ver en el hombre a un enemigo potencial de su independencia, y por tanto a ser benévola con él en otros aspectos.

En cambio, una negativa absoluta del aborto por razones éticas puede conducir, quizá, a reflexiones como ésta, que en cierto sentido hago mía, porque me parece irreprochablemente lógica: “si la vida es sagrada y hay que conservarla a todo precio, sea. Pero la vida no es responsabilidad sólo de la madre, al menos en la especie humana y en la sociedad y según la ideología que defiende la abstinencia. Por tanto todo hombre es responsable de todo semen que derrama en una vagina; la investigación de la paternidad y la obligación de cuidar al hijo (y no sólo de pasarle un hipotético “alimento”) debe ser obligatoria para todo el que tiene cualquier tipo de relación sexual con una mujer que queda embarazada”. Si alguna agrupación política de mujeres propusiera seriamente esto, me pregunto cuántos hombres que ahora displicentemente se oponen al aborto, porque en definitiva no les atañe, no saldrían corriendo a pedir una legislación abortista... Cosas de la vida...

11. La pornografía

La pornografía universalizada es un fenómeno relativamente reciente, aunque en forma “elitista” sea tan vieja como la prostitución y otras actividades estrechamente vinculadas a la sexualidad marginal (homosexualidad, bestialismo, etc.). Lo que le da un tinte peculiar al problema es la amplitud de la difusión, que no se deba a la pornografía misma, sino a las posibilidades difusoras de los medios de comunicación masiva que la acogen.

Hace un tiempo leí un libro bastante interesante, titulado más o menos *Pornografía y poder de masas*. El autor, de línea marxista, se preocupa de mostrar la pornografía como un fenómeno propio de la sociedad burguesa en descomposición. Creo que si bien no analiza ni explica los procesos internos y psíquicos que la tornan atractiva –lo que permitiría predecir su indestructibilidad– al menos en las actuales formas de evolución psicofísica humana, es indudablemente acertado su diagnóstico del consumidor de pornografía como un contestatario inconsciente del régimen. La pornografía es vista así como una forma de protesta, la que el individuo medio tiene a su alcance, puesto que es una forma de violar o pisotear ciertos tabúes o esquemas de conducta que representan una presión social sobre la espontaneidad.

Es innegable el atractivo de este punto de vista porque, más allá de los fines ideológicos del autor, permite elaborar

una estrategia de comprensión más amplia de la pornografía, y una respuesta más adecuada frente a este tipo de comportamientos.

En esta línea, quisiera señalar que la primera dificultad, teórica y práctica, con que tropieza quien quiere abordar lo pornográfico, es fijar su concepto, lo que es lo mismo que fijar sus límites. En este sentido se han propuesto matices: erótico, pornográfico, obsceno. Dejo de lado el aspecto “gráfico” de lo “porno”, que significa una diferencia instrumental con lo obsceno (ateniéndonos a la lingüística, parece que un libro puede ser obsceno y pornográfico, pero un pensamiento sólo puede ser obsceno). En todo caso ambos tienen que ver con una deformación de lo erótico. Creo que la dificultad mayor está en distinguir entre lo erótico y lo obsceno/o pornográfico. Una definición demasiado estrecha de lo erótico convertiría en pornográficas una cantidad mayor de expresiones que una más amplia.

La segunda dificultad es valorar lo pornográfico. Esta palabra tiene un significado peyorativo en nuestra cultura y por lo tanto es caso obvio que hablar de algo pornográfico es descalificante y rechazable; en todo caso parece que lo pornográfico más bien se tolera, como un mal que no se puede remediar, y que es necesario controlar y reducir a las menores proporciones posibles. Ahora bien: ¿por qué es rechazable lo pornográfico? En la línea del autor que mencionaba, está claro que la pornografía es rechazable por lo que tiene de subversivo al orden establecido. Quizá sea un punto de partida, pero me parece insuficiente. Un

psicoanalista argentino, desde el punto de vista freudiano, analizando el comportamiento en relación a las malas palabras, explica que su uso resulta “obsceno” porque muestra lo que no debe mostrarse, es decir, en definitiva patentiza la relación edípica, pues detrás de cada mala palabra hay una referencia genital paterna o materna y el tabú proviene de la ancestral prohibición del padre tiránico a sus hijos, privándolos de la hembra madre-hermana.

Sin duda también es un punto de vista que, metodológicamente al menos, sirve para explicar y evaluar comportamientos. En todo caso, estos dos enfoques, y otros que podrían señalarse, nos muestran que, hoy por hoy, es ingenuo salir al paso de la pornografía con un escueto concepto moral, que para colmo está permanentemente cuestionado.

Frente a esta diversidad de encuadres, donde justamente parecen prevalecer puntos de vista sociológicos o psicológicos ¿estará enterrada la dimensión ética, o disuelta en la descripción o explicación sociológica o psicológica? Sin duda una explicación del comportamiento “ético” (incluso en su sentido etimológico de “moral” –modo de comportarse adecuado– común) es posible desde la sociología o la psicología, así como también es posible un enfoque psicologista o sociologista de la ética. No interesa aquí esta polémica, ni la posibilidad indicada. En cambio, sí creo que puede y debe hacerse una constatación fáctica: el hombre medio tiene una moral, es decir, una serie de normas de conducta que acepta como válidas, aun cuando no pueda

justificarlas racionalmente, e incluso a pesar de no poder defenderlas argumentativamente frente a los impugnantes. Parece pues, que al tratar este tema de la pornografía, no podemos prescindir de ese enfoque.

La cuestión, supuesto que el enfoque es válido y necesario, es cómo hacerlo, ya que la ética es algo difuso, o que tiende a confundirse e identificarse con concepciones religiosas e incluso con iglesias o comunidades clericales determinadas. El problema, me parece, es encontrar un aspecto que pueda ser llamado “ético” sin mayores o más precisas referencias a sistemas éticos determinados. Y a su vez no habría inconveniente en que este aspecto sea también explicado desde los dos enfoques mencionados o desde cualquier otro.

Llegada aquí, creo que este elemento “ético” que caracteriza a lo pornográfico (u obsceno, que para este caso es indiferente) frente a lo simplemente erótico, es la conciencia subjetiva de trasgresión. Mientras que lo erótico es una es una dimensión integrada de lo humano, lo pornográfico y lo obsceno son precisamente minusvalorados porque trasgreden. Pero no basta que trasgredan objetivamente, es necesario que haya, no solamente un cierto gusto en ver, decir o hacer ciertas cosas, sino que eso vaya seguido de la conciencia de trasgredir, y hacerlo precisamente **porque** se trasgrede. Esto no es lo mismo que decir que el obsceno protesta, o es subversivo, o revolucionario. Puede no desear serlo, aunque según aquel enfoque lo está siendo de hecho, y aun puede tener

complejos de culpa por lo que hace. Parece, entonces, que cuando ciertos comportamientos dejan de ser trasgresiones, pierden su carácter obsceno o pornográfico. Por ejemplo, hoy por hoy, una representación directa del coito se considera obscena; quizá con el tiempo deje de serlo, así como hace un siglo el desnudo total era obsceno y hoy no lo es, salvo que vaya acompañado de otros comportamientos (canciones, movimientos, gestos) que sí se consideran obscenos y tiñen de obscenidad al desnudo mismo. Pero creo que la razón de estos cambios no es un ensanche del contenido de las normas morales, es decir, que ellas permitan “más”; sino que para ciertos comportamientos se ha perdido el sentido de trasgresión, lo cual puede estar compensado, a nivel global, con la aparición de nuevas trasgresiones.

Por ejemplo, hace un siglo no era inmoral pagar escasamente a los obreros necesitados y no se consideraba “abuso”; hoy ese comportamiento nos parece ética (e incluso jurídicamente) inaceptable, y hasta puede constituir una violación de normas más severas, es decir, de la legalidad laboral de una sociedad. Esto me hace recordar el poema de Alfonsina Storni “A una coqueta”, describiendo a una hermosa mujer a la que vio una vez con largo vestido y gran escote, y a la siguiente cubierta hasta el cuello pero mostrando las rodillas. Concluía la poetisa que aquella elegante tenía “un pudor de cantidad constante, sólo que cambia, alguna vez, de altura”.

Bien, mi sospecha en este diálogo al parecer de sordos, entre sostenedores de la libertad de expresión y partidarios de

la restricción, es que el problema considerado aisladamente parece irresoluble. Me da la sensación de que las sociedades tienen un número más o menos límite de tabúes que determinan trasgresiones; pasado ese número, el sistema se satura y “pierde” trasgresiones por otro lado, transpira, reduce el volumen y vuelve a la dimensión óptima. Es como una autorregulación de la vida societaria, así como el organismo se autorregula biológicamente. Y es muestra de gran astucia de la naturaleza (o de su Hacedor, según se prefiera) el que esos procesos sean mecánicos y autorregulados, porque muy probablemente los hombres no seríamos capaces de hacerlo.

Quisiera terminar con una reflexión semejante a la que una vez hizo una amiga cuando le dije que me parecía inaceptable la lenidad de persecución y castigo de algunas “mafias internas”. Observó que, sin embargo, esas “mafias” nuestras a su vez nos defienden de las extranjeras, poniéndose mutuamente límites, lo que es positivo, pues el hombre común, de lo contrario, estaría a merced de un solo grupo de mafiosos. Creo que esta observación, muy realista por otra parte, es aplicable a muchos casos. La vida social tiene una regulación, como el cosmos, que busca el equilibrio y donde una cuota de un cierto mal es necesaria para compensar otro mal (como ciertas plagas que comen otras plagas y así sucesivamente) produciéndose, con el resto positivo, la dinámica del crecimiento. Entonces, en la social a veces se potencian ciertos tabúes y otras veces otros. Durante un tiempo lo pornográfico fue limitado, tabú y contenido; ahora “pasa a la legalidad” y otros

comportamientos “entran en la clandestinidad”. La ampliación de la masa consumidora es un elemento determinante en este pasaje, pero no es causa única ni esencial. Quizá esta reflexión ayuda en parte a mirar con más perspectiva este confuso proceso.

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA

12. La preocupación ecológica

Hasta hace poco los “ecologistas” causaban sonrisas, cuando no francas burlas. Pero pronto los rostros comenzaron a ponerse serios cuando las fotos y los titulares ya no dejaban lugar a dudas sobre la destrucción irreversible de la vida planetaria. Ya no se trataba de alguna especie africana, exótica e inútil para nosotros, los “civilizados” de las grandes ciudades. El exterminio de ballenas, leopardos, elefantes y otros animales sobre cuyos valiosos restos sólo los muy ricos podían tener expectativas, dejó insensible a la gran masa anónima. Pero cuando las fotos mostraron los peces muertos en las costas donde muchos miles veranean, la cuestión tomó el color del peligro inmediato. Es como el fragor de una tormenta lejana, que sólo preocupa a los más atentos. Cuando la tormenta está casi encima, recién la mayoría se da cuenta. Casi siempre tarde...

El clamor ecologista quizá todavía no es tardío y ha tomado muchos rumbos. Algunos parecen pertinentes y eficaces, otros son anecdóticos o meramente sentimentales, como las declaraciones de los derechos del animal, curiosamente emanadas de países que se preocupan bastante poco de los derechos de los hombres.

Yo no sé bien cuál es el fundamento real de esta preocupación colectiva que muchos tildan de egoísta. En todo caso me parece positiva, porque en la medida en que logre evitar una catástrofe que evidentemente se avecina,

poco importan los motivos subjetivos de quienes impulsen o lleven adelante las medidas.

La cuestión más problemática, en cambio, me parece la de su eficacia. En una oportunidad decía un profesor que las campañas ecologistas le parecían inútiles porque quienes se suman a ellas son en general personas inocuas (no son agentes destructivos de la naturaleza) mientras que a los verdaderos responsables de la contaminación y la destrucción no se les mueve un pelo. Esta última afirmación es verdadera, pero el argumento es sofístico. Con igual razón podría decirse, por ejemplo, que los movimientos por la liberación de los oprimidos, o por la igualdad racial, o religiosa, son inútiles porque a los responsables de la discriminación no les interesa plegarse a ellos. Claro que no, justamente se trata de lo contrario, de presionar sobre ellos para que a la fuerza –no por gusto, convencimiento, o conveniencia– dejen de actuar como lo hacen. Y también para crear una conciencia de la necesidad de actuación de poderes públicos, nacionales o internacionales. Gracias a estos movimientos y sus actos de pacífica (o no tan pacífica) protesta, hoy hay regulaciones normativas que muy probablemente sin ellos nunca se hubiesen dictado.

Sin embargo, pensar muy optimistamente puede ser ingenuo. La mayoría de los hombres, incluidos los gobernantes, tienden a solucionar los problemas inmediatos y dejar los otros para las generaciones futuras, con el argumento de que en realidad poco podemos influir en lo remoto (lo que es verdad) y con la esperanza de que nuestros

sucesores, que serán más sabios y más desarrollados que nosotros, encuentren más fácilmente soluciones (lo que es sólo probable).

Visto así el problema, resultaría que una excesiva preocupación ecologista conduciría al inmovilismo de los recursos y frenaría la ingeniosidad para solucionar estos asuntos de forma novedosa y no rutinaria. Pero también es cierto que la destrucción es más rápida que la construcción o el descubrimiento y que quizá cuando aparezca la solución salvadora ya sea tarde.

Por otra parte, la preocupación ecológica tiene que ver con la política, y esto en dos sentidos. Por una parte, se presenta como una ruptura de la alternativa actual como modo de producción, distribución y consumo de los bienes naturales. El argumento que en su momento esgrimieron los “verdes” alemanes en el parlamento es un ejemplo: de qué sirve –decían– discutir si vamos a repartir las riquezas naturales según el sistema capitalista o el socialista, si estamos al borde de una catástrofe ecológica que no dejará nada bueno para repartir. Y esto se liga con el segundo sentido del nexo político: la preocupación por el holocausto nuclear, que sería la catástrofe ecológica máxima, en la que se piensa en definitiva, como *summum* del horror destructivo.

Hay que reconocer que las campañas pacifistas, que manipulan con este temor, captan numerosos adeptos. Por eso pueden ser utilizadas ideológicamente. Por ejemplo, cada

potencial contendiente en un conflicto por el reparto de (algún) poder (territorio, mercado, zona de influencia, etc.) afirma que si frena su expansión armamentista y baja su capacidad disuasiva, entregará el terreno al enemigo. Cuando hace dos décadas los Estados Unidos iniciaron una campaña armamentista argumentando que lo contrario sería dejar el mundo a “los rojos”, los integrantes del “colchón yanqui” en Europa (franceses, ingleses y alemanes) contestaron con pancartas expresivas: “mejor rojos que muertos”. Y esto puede ser una falacia. No estoy tan segura de que siempre sea mejor la vida, a cualquier precio. Incluso sería una autocontradicción, porque por la misma razón se podría decir que nuestros descendientes, que supuestamente heredarán un mundo arruinado, también opinarán “mejor un mundo arruinado que ninguno”. Justamente, el comienzo del ecologismo fue la convicción de que no debe pagarse cualquier precio por un progreso, o por la satisfacción de una necesidad, o un deseo actuales, sin pensar en el futuro, el nuestro y el de nuestros sucesores.

Estas marchas y contramarchas dialécticas muestran, me parece, que los *slogans* son necesarios pero no suficientes. Nadie puede dudar hoy, seriamente, de la necesidad de una auténtica protección al medio ambiente. Es demasiado real lo que se vive como para poder cerrar los ojos. Pero las soluciones no están tan al alcance de la mano, y la utilización apasionada de consignas puede tener efectos contraproducentes o ineficaces. Y tal vez sea verdad, una dolorosa verdad, aquello de la Biblia, de que el hombre dominará sobre todas las bestias de la tierra, lo cual es un

modo de decir que la existencia del hombre se mantiene sobre la destrucción de aquellos que “están a su servicio”. Quizá ésta fue la genial y terrible intuición del primitivo, cuando se estaba a años luz de nuestra acuciante preocupación; y quizá también por eso, para desculpabilizarse y pegar su pena, deificó a sus víctimas y les ofreció sacrificios. ¿Cuál es, hoy, nuestra ofenda desculpabilizadora? Puede ser el ecologismo...

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA

-ÍNDICE

Presentación	5
1. Sobre nuestros países	7
2. Sobre las drogas	11
3. La actividad política del intelectual	19
4. La crisis de identidad religiosa	27
5. El europeísmo argentino	35
6. Los viejos	43
7. El liderazgo intelectual argentino	49
8. La solidaridad humana	55
9. La delincuencia	63
10. El divorcio y el aborto	69
11. La pornografía	99
12. La preocupación ecológica	87

CELINA A. LÉRTORA MENDOZA

Diálogos imaginarios

Sobre nuestros países

Sobre las drogas

La actividad política del intelectual

La crisis de identidad religiosa

El europeísmo argentino

Los viejos

El liderazgo intelectual argentino

La solidaridad humana

La delincuencia

El divorcio y el aborto

La pornografía

La preocupación ecológica

ISBN 978-631-01-0143-9